


# Más que una herencia

Susan Fox

Hallie nunca había estado enamorada y, por supuesto, nunca le había pedido a un hombre que se casara con ella. Eso era lo que tenía que hacer para salvar su casa. Necesitaba un certificado de matrimonio… ¡pero antes tenía que encontrar un marido! Wes Lansing era el vecino de Hallie y el candidato ideal. ¿Qué podía una tímida jovencita como ella ofrecerle a aquel hombre rico, guapo y seguro de sí mismo? Sin embargo, Wes se sintió intrigado y aceptó el trato. La cuestión era si Hallie podría manejar a su nuevo marido.




Susan Fox

# Más que una herencia

**Jazmín Series - 10**

**Se Necesitan Novios Vaqueros - 2**

**ePub r1.0**

LDS 23.11.16

Título original: *The marriage bargain*
Susan Fox, 2000
Traducción: Catalina Freire Hernández
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 9 / Harlequin Romance (HR) - 3606
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



# Capítulo 1

Hallie Corbett miró al hombre que estaba tumbado en la cama del hospital. La enfermedad no había menguado la brusquedad de Hank Corbett ni su despreciativa naturaleza.

—Ya me has oído —le decía, clavando en ella sus ojos grises. Gris plomo. Como un par de pistolas apuntando directamente a su corazón, poniendo en peligro la única vida que Hallie había conocido—. No recibirás un céntimo. Todo será para Candice.

Hallie había aprendido que mostrar sus emociones la convertía en un blanco más fácil. Y sabía que habría más después de aquella declaración de su abuelo. Él la había apartado de su corazón, pero siempre había conseguido darle una milésima de esperanza para que siguiera esperando. Y, como un perro a punto de morir de inanición, Hallie siempre aceptaba las migajas.

Eran su única esperanza de que aquel hombre que le había permitido vivir en su casa durante años sentía algo por la hija ilegítima de su desgraciada hija.

Esas débiles esperanzas eran su verdadero enemigo, no el hombre que yacía en la cama ni su prima Candice, la nieta favorita del viejo Hank Corbett.

—¿Y el rancho? —se atrevió a preguntar Hallie en voz baja.

—El Cuatro Ces pertenece a quien sea capaz de llevar adelante el legado familiar.

Hallie volvió a sentir la familiar punzada de celos y frustración.

—El legado familiar no significa nada para Candice. Ella venderá el rancho antes de que hayan cerrado tu ataúd.

Las palabras eran brutales, pero Hallie ignoró el sentimiento de culpa por haberlas pronunciado. Estaba luchando por la única cosa que podría poseer en la vida.

Los ojos del viejo brillaron con interés. Era como un lobo que hubiera olido sangre.

—Lo deseas con todas tus fuerzas, ¿verdad?

Hallie no contestó porque los dos sabían cuánto deseaba aquel rancho. Adoraba la tierra, la llevaba en la sangre.

El Cuatro Ces era el único lugar que podía llamar su hogar. Y no era porque en él viviera su familia, sino por la tierra de Texas y todo lo que la nutría. Había esperado mucho tiempo y deseaba heredarlo. Al menos, una parte de él.

El hombre tumbado en la cama intentó reír, pero se atragantó y tuvo que toser. Hallie no dio un paso hacia él porque sabía que su abuelo la habría rechazado. Nunca había permitido demostraciones de afecto. Y ella nunca se las había ofrecido.

Hallie pensó que no quería seguir hablando del asunto, pero cuando abrió los ojos pudo ver en ellos un brillo de interés.

—Has sido una vergüenza para la familia desde que tu madre te llevó a casa, pero llevas mi sangre. No te dejaré un céntimo más que lo que sea necesario para operar durante los primeros seis meses, pero el rancho será tuyo… si consigues un marido antes de que yo muera —siguió Hank Corbett, con una sonrisa diabólica.

Hallie se quedó estupefacta.

—La gente cree que no te gustan los hombres. La mayoría ni siquiera están seguros de que seas una mujer de verdad. No me importa que seas bastarda, pero no voy a permitir que mi rancho lo herede una mujer inadaptada que nunca tendrá hijos —añadió, letal. Hallie sintió que le daba vueltas la cabeza. La habitación parecía moverse. Ve a ver a mi abogado. Su nombre está en la copia del testamento. Y ahora vete. Necesito descansar.

Aún atónita, Hallie se dio la vuelta y salió de la habitación con toda la dignidad de la que era capaz. Pero una vez fuera tuvo que sujetarse a la pared porque se le doblaban las rodillas. Estaba temblando.

Iba a heredar el rancho. Los treinta mil acres del Cuatro Ces podían ser suyos. El premio que había deseado, el premio por el que había sufrido una vida de dolor y privaciones…

Su abuelo se lo había dado y, un segundo después, se lo había quitado de las manos.

Un marido. Las mujeres como ella no encontraban maridos.

Según su abuelo, la gente ni siquiera estaba segura de que fuera una mujer. Pero él diría cualquier cosa para robarle la poca confianza que le quedaba, cualquier cosa para humillarla.

Y lo había conseguido. La verdad era que la gente no la trataba como a una mujer porque nunca la habían visto comportarse como tal. Trabajaba en el rancho igual que cualquier hombre, haciendo el mismo trabajo y durante las mismas horas. No tenía un solo vestido y no recordaba cuándo se puso uno por última vez. Nunca había tenido novio, nunca había salido con un chico. Con Candice a su lado, ningún hombre se fijaba en ella.

«El rancho será tuyo… si consigues un marido».

Hank podía haberle pedido que viajara a la luna.

El Espino Rojo de Wes Lansing era tan grande como el Cuatro Ces y los dos ranchos lindaban al Este. Los Lansing y los Corbett habían sido vecinos durante cinco generaciones… y enemigos durante cuatro.

En algunos momentos, la enemistad entre las dos familias había sido violenta, pero durante los últimos veinte años los ánimos parecían haberse calmado.

Irónicamente, era la historia conflictiva de los Lansing y los Corbett lo que a Hallie le daba confianza. La pelea había empezado por unas tierras que estaban incluidas en su herencia. Si conseguía lo que su abuelo le había pedido, las tierras le pertenecerían a ella y haría con ellas lo que quisiera. Regalárselas a Wes Lansing, por ejemplo.

Wes era tan duro como su abuelo, pero era un hombre honorable, serio en los negocios y justo con la gente que trabajaba para él.

La mejor indicación de su carácter era que Wes Lansing era el único hombre de Texas que parecía inmune a los encantos de su prima Candice. A pesar de la pelea entre las dos familias, Candice llevaba años intentando despertar su interés. Y había fracasado. Wes era el único hombre al que Candice no podía seducir.

Si estaba muy interesado en recuperar esas tierras…

Dos horas antes, habían llevado a su abuelo a la Unidad de

Cuidados Intensivos. Candice le había prohibido que fuera al hospital y Hallie se alegraba de ello secretamente. Cuanto menos tiempo estuviera con ellos, mejor.

Especialmente en aquel momento. A causa del testamento, iba a dar lo que consideraba un paso desleal contra su abuelo y eso la hacía sentir incómoda.

El corazón de Hallie latía con fuerza sabiendo lo que estaba a punto de arriesgar. Mientras subía los escalones de la mansión Lansing, sus piernas parecían de goma.

Hallie se recordó a sí misma por enésima vez que si perdía la oportunidad de heredar el rancho de su abuelo, tendría que marcharse de Texas. Si daba aquel paso y era rechazada, sería una vergüenza que no podría soportar.

Se marcharía de allí e iría a cualquier otra parte, donde nadie la conociera. Al mundo le daba igual que fuera hija ilegítima o que una vez hubiera estado tan desesperada como para pedirle a un hombre que se casara con ella. Si fracasaba, volvería a su casa y haría las maletas. No habría ninguna razón para quedarse. Cuando Hank Corbett muriera, Candice la echaría del Cuatro Ces. Pero Hallie estaba decidida a negarle a su prima aquel placer.

La última persona que Wes Lansing pensaba ver en su casa era Hallie Corbett. Había oído que el viejo Corbett estaba en las últimas, pero no había sentido la menor pena por ello.

Si su ama de llaves le hubiera dicho que quien subía los escalones del porche era Candice, se habría negado a verla. Pero que la visitante fuera Hallie lo intrigó.

Aunque su hermana Beth había ido al colegio con Candice y Hallie, podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a Hallie Corbett de cerca.

Wes se arrellanó en la silla y esperó que su ama de llaves la hiciera pasar a su despacho. Fuera lo que fuera lo que iba a pedirle, no podía ser más interesante que el hecho de que hubiera ido al Espino Rojo a verlo.

Mientras seguía al ama de llaves por el largo pasillo, Hallie apretaba con fuerza la copia del testamento de Hank Corbett. El testamento reflejaba claramente cuáles eran las condiciones de su abuelo para que heredase el rancho. Tenía que encontrar un marido y no especificaba que no pudiera ser Wes Lansing, de modo que

aquélla era su única oportunidad.

El ama de llaves se paró frente a una puerta, indicándole que entrase, pero cuando lo hizo, todo su valor se vino abajo.

Wes estaba sentado frente a un enorme escritorio y en cuanto la vio, sus ojos se clavaron en los de ella con tal intensidad que Hallie casi tropezó con la alfombra.

Una ola de terror la recorrió de la cabeza a los pies, pero aquel gigante de pelo oscuro se levantó de la silla en un gesto de respeto que la sorprendió. Seguía mirándola intensamente con sus ojos oscuros, seguramente preguntándose qué hacía allí. Años de soportar los intentos de su abuelo por encontrar su punto débil deberían haberla hecho inmune a aquella mirada, pero la sorprendía sentirse tan transparente, tan vulnerable frente a aquel hombre.

—Buenos días, señorita Corbett.

La profunda voz masculina hizo que sintiera un extraño calor en la cara y eso la turbó aún más. Hallie tuvo que hacer un esfuerzo para reunir valor. Si él apartase la mirada durante un segundo, si le permitiera recuperarse, tomar aliento…

—Gracias por recibirme, señor Lansing —murmuró.

El hombre esbozó una sonrisa. Los dos sabían que los Corbett no eran bien recibidos en el Espino Rojo. Pero la sonrisa había suavizado su expresión y consiguió que Hallie se relajase un poco. Quizá no todos los Corbett eran enemigos. Quizá Wes Lansing se reservaba el juicio en su caso.

De repente, se dio cuenta de que él la estaba estudiando, que la miraba de la cabeza a los pies, La camisa de cuadros, los vaqueros, las botas…

Ningún hombre la había mirado así y su primer impulso fue cubrirse, salir corriendo, pero no podía moverse. Y tampoco podía evitar estudiarlo a él de la misma forma.

Wes Lansing medía más de un metro ochenta. Su constitución era como la de cualquier hombre que trabajara al aire libre y, sin embargo, describirlo como un hombre alto, de hombros anchos y piernas firmes parecía inadecuado. Hallie rara vez se fijaba en el cuerpo de un hombre, pero se sentía extrañamente fascinada por el cuerpo de Wes Lansing.

Su cara la fascinaba también. Sus facciones eran duras y

marcadas, casi primitivas, Podría haber sido un hombre poco agraciado si tuviera menos presencia y si su cara no mostrara tanto carácter. La suya era una cruda y abrumadora masculinidad que la hacía sentir frágil y femenina. Era una reacción sorprendente para ella.

Wes se tomó su tiempo. Hallie Corbett era alta y esbelta, pero tenía suficiente encanto femenino en… los lugares adecuados. Demasiado, si el calor que sentía entre las piernas era una indicación. Tenía dignidad, pero había algo en su postura que sugería humildad. Y, sin embargo, no podía serlo. Los Corbett no eran humildes y él lo sabía bien.

Wes se dio cuenta de que ella se había ruborizado. Su pelo, largo y brillante, era de color castaño y ella lo sujetaba firmemente en una coleta. Pero fueron sus ojos lo que llamó su atención. Eran de un azul entre cálido y frío, pero profundos, misteriosos. Unos ojos llenos de cautela. Como ella.

Wes sentía que Hallie se escondía tras una fachada. Y considerando quién era el hombre que la había criado, era comprensible.

—Supongo que hay una razón para su visita.

Hallie dio un paso hacia él, pero Wes no la invitó a sentarse. Sabía que era una grosería, pero también era una prueba. Los Corbett se comportaban como matones, destinados a reinar sobre los meros mortales.

Hallie Corbett se paró frente a su escritorio sujetando con las dos manos unos legajos de papel como si le fuera la vida en ello. Estaba claro que no iba a sentarse a menos que él la invitara a hacerlo.

—He venido para preguntar si sigue interesado en las tierras que lindan con su rancho —dijo ella con voz suave, pero clara.

Wes se puso inmediatamente alerta. Aquellas tierras, las primeras de la familia Lansing, habían sido robadas por los Corbett. Aquello fue lo que dio lugar a la interminable pelea entre las dos familias. En la disputa, se había derramado sangre por ambos lados y los Corbett se habían juramentado durante generaciones para no permitir que los Lansing recuperasen lo que era suyo.

—¿Es Hank quien me las ofrece? —preguntó Wes.

—No.

—Hank es el propietario del Cuatro Ces. Si no es él quien me

ofrece esas tierras, no tenemos nada de qué hablar.

Hallie empezó a desdoblar cuidadosamente los papeles que llevaba en la mano y Wes se dio cuenta de que lo hacía para recuperarse de la cruda réplica.

—Debería conocer todos los detalles antes de tomar una decisión —dijo ella entonces, mirándolo fijamente—. Necesito saber si quiere esas tierras.

Era una prueba. Una batalla de voluntades. Wes sintió una punzada de satisfacción. Hallie Corbett tenía carácter.

—Sí, señorita Corbett, estoy interesado. Siéntese y dígame por qué cree que tenemos algo de qué hablar.

Hallie dejó los papeles en la mesa y se sentó frente a él.

—Si lee la sección que está marcada en amarillo…

Hallie no terminó la frase. La vergüenza era, de repente, abrumadora. ¿Por qué había creído que Wes Lansing se casaría con ella? Wes no era el tipo de hombre que consideraría un matrimonio de conveniencia, ni siquiera para conseguir algo que desease. A menos que para él aquellas tierras fueran tan valiosas como para ella el Cuatro Ces, Wes encontraría risible la situación.

Y cuando él se riera, todo habría terminado. Hallie soportaría sus burlas y después saldría de allí con toda la dignidad de la que fuera capaz. Pero no lloraría. Ni delante de un Lansing ni delante de nadie. Volvería al rancho, haría las maletas y le diría adiós a la tierra que tanto amaba para rehacer su vida lejos del dolor y la vergüenza que eran todo su legado.

A medida que leía el testamento, la expresión del hombre iba volviéndose cada vez más dura, incluso furiosa.

—¿Qué clase de testamento es éste? —preguntó, levantando los ojos del papel.

—Me gustaría heredar el rancho de mi abuelo, pero no cumplo las condiciones. Pensé que podría interesarle saber… —Hallie no pudo terminar la frase. No se atrevía a hacerle la proposición. Por una vez, la vergüenza era más fuerte que su deseo de heredar el rancho—. Espero que me perdone, señor Lansing. Tenía razón. No tenemos nada de qué hablar —dijo, levantándose. Las emociones que había intentado contener se agolpaban en su interior y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mostrarlas—. Si no le importa devolverme los papeles, me marcharé ahora mismo.

Wes la miró fijamente durante unos segundos.

—¿Cree que Hank respetará el testamento?

—He vivido con él toda mi vida, señor Lansing. Sé que es un riesgo.

—Pero ha venido de todas formas.

No podía adivinar qué había tras su dura expresión, pero estaba segura de que en ella no había desprecio. Algo que Hallie conocía bien.

—Quiero heredar el rancho.

—Está loca si piensa que su abuelo lo va a permitir —la espetó él. Incluso aquel hombre con el que no mantenían ninguna relación sabía lo que su abuelo sentía por ella, pensó Hallie, desolada—. ¿Para qué ha venido?

—No podía quedarme de brazos cruzados.

—¿Hank está muy enfermo?

—Su enfermedad es terminal. Podría morir esta noche o vivir un mes más. Esta mañana lo han llevado a la Unidad de Cuidados Intensivos.

—¿Cree que su prima me vendería el rancho?

La pregunta le dolió. Pero era lógico. Wes Lansing desearía hablar directamente con la heredera de Hank Corbett. Quizá incluso se lo había pensado mejor. Candice era guapísima y pronto heredaría una fortuna. Un hombre con carácter podría controlarla y si Wes Lansing no podía hacerlo, ninguno podría. Quizá no era tan inmune a su prima como Hallie había creído.

—¿A un Lansing? No. Pero a Candice no le importa el Cuatro Ces y supongo que lo venderá a la primera oportunidad. Podrá intentarlo con el nuevo propietario.

—Pero no puede jurar que ella vaya a vender.

—Podría intentar comprarle las tierras que lindan con su rancho.

Wes sonrió.

—¿Y qué pediría ella a cambio?

—Veo que conoce a Candice.

Wes tiró el testamento sobre la mesa. Hallie alargó la mano para tomar los papeles, pero él se lo impidió con un gesto.

—Déjelos.

—Lo siento, pero he de marcharme —murmuró ella, levantándose.

—Entonces, tengo que elegir entre Candice y usted —dijo Wes de pronto, sorprendiéndola—. Siéntese, Usted ha empezado esto y usted tendrá que terminarlo.

Su dureza la asustó, pero Hallie intentó mantenerse serena. Había permitido que Hank Corbett pisoteara su orgullo durante toda la vida, pero no permitiría que Wes Lansing aplastara lo poco que le quedaba.

—Puede quedarse con el testamento. O puede tirarlo si quiere. Gracias por haberme recibido —replicó ella, dirigiéndose a la puerta.

—No me hará quedar mal. Aquellas palabras hicieron que Hallie se volviera, sorprendida.

—¿Qué?

—No pienso ponerme delante de un juez de paz con una mujer vestida como un peón —dijo Wes. No podía haber oído bien, se decía Hallie—. Tomaremos el primer avión a Las Vegas y estaremos casados esta misma noche —añadió. Había tomado una decisión y estaba informando sobre ella, como si fuera un decreto. Y, con el viejo espíritu texano, esperaba ser obedecido inmediatamente.

Quizá Wes no entendía lo que iba a hacer. Haber capitulado sin que ella hubiera formulado la propuesta tenía que significar que no se tomaba el asunto demasiado en serio.

—Lo que ha dicho antes es cierto. Hank nunca cumplirá ese testamento. Si se recupera y sospecha que me he casado, llamará a su abogado y volverá a redactarlo. Y entonces, se habrá casado conmigo para nada.

—Si es así, podríamos anular el matrimonio.

—Pero para entonces, Candice se sentirá insultada. Ella nunca aceptaría algo que antes me ha pertenecido… No sería así, pero ella lo vería de esa forma y nunca le vendería las tierras.

—Demasiado tarde —dijo él sencillamente.

—Aunque el testamento no me prohíbe casarme con usted, los dos sabemos cómo se lo tomaría Hank —insistió Hallie—. Ha sido una idea estúpida. Mi abuelo quería ponerme a prueba. Sólo lo escribió para… —Hallie no terminó la frase, avergonzada—. Si vive unos días más lo cambiará, estoy segura. Ha sido una tontería molestarlo. Lo siento.

—Podemos irnos a Las Vegas ahora mismo —insistió Wes,

tomándola del brazo.

Ella levantó la mirada, buscando una explicación para su tenacidad, pero los dedos del hombre parecían emitir una corriente eléctrica que la dejaba paralizada. Nunca había experimentado algo así y se sentía a la vez excitada y horrorizada.

—No…

—Hablaremos con mi abogado para redactar la separación de bienes. Si el viejo muere antes de cambiar el testamento, quiero tener por escrito que me venderá las tierras.

—Pero… yo se las habría regalado.

—Pagaré en efectivo.

Wes Lansing era implacable. ¿Por qué había acudido a aquel hombre? Hallie había empezado aquello, pero no estaba segura de poder terminarlo. Wes era demasiado fuerte para ella, demasiado formidable.

—Tengo que irme, señor Lansing. Gracias, pero esto ha sido un error.

—Habíamos tomado una decisión. Hallie, negó con la cabeza.

—Hank morirá antes de que nos hayamos casado o redactará un nuevo testamento.

—Estoy dispuesto a arriesgarme.

—Entonces, perderemos los dos. Las facciones de Wes se endurecieron aún más. El brillo de sus ojos oscuros la asustaba.

—Los dos podríamos ganar. Como he dicho, usted ha empezado esto.

Hallie intentó apartarse, pero él apretó su brazo con fuerza. Aquel hombre la turbaba, la excitaba y la asustaba de muerte. Había una razón para que los Corbett y los Lansing hubieran estado en pie de guerra durante tantos años: las dos familias eran iguales. Hank Corbett era un hombre duro, dominante y sin piedad y Wes Lansing estaba cortado por el mismo patrón.

Y a pesar de ello, Hallie se sentía atraída hacia él. El instinto le decía que era una atracción sexual, algo tan extraño en su experiencia como mujer que no sabía cómo lidiar con ello.

Y por eso le daba miedo. Wes Lansing tenía el poder de hacer lo que su abuelo no había conseguido. Destruirla. Tenía que hacerlo algo para defenderse, tenía que parar aquello.

—Y eso significa que será culpa mía si esto sale mal. No, gracias,

Lansing.

—Yo acepto toda la responsabilidad. Aquello la sorprendió.

—¿Puedo confiar en su palabra?

Los ojos de Wes Lansing se oscurecieron hasta parecer negros como el carbón.

—Lo primero que tiene que saber de mí es que soy un hombre de palabra, señorita Corbett —contestó él con brusquedad.

Hallie no sabía si había dicho aquello para tranquilizarla o… como una amenaza.

# Capítulo 2

Wes Lansing era un déspota. Un hombre dominante y seguro de sí mismo al que no le gustaba esperar.

Antes de tomar el avión, fueron al despacho de su abogado para que redactase la separación de bienes que sellaba su acuerdo y, mientras firmaban, Capítulo Wes parecía observar todos sus movimientos. Hallie se sentía incómoda. Estaba acostumbrada a ser invisible y aquella constante vigilancia la ponía nerviosa.

Le dolía la cabeza cuando el avión tomó tierra en Las Vegas. Con las maneras bruscas a las que había empezado a acostumbrarse, Wes la precedía por la terminal, prácticamente tirando de ella.

Después de conseguir la licencia, fueron a unos grandes almacenes para comprar todo lo que Wes había decretado que necesitaban para la boda, pero, al menos, la había dejado pagar su ropa. Hallie lo había hecho por orgullo y porque su cuenta corriente se lo permitía. Sólo tenía vaqueros y camisas y aprovechó la oportunidad para comprar tres vestidos, zapatos y ropa interior.

Una vez que había ido tan lejos, se dejó convencer para ir a la peluquería e incluso permitió que la maquillaran.

¿Por qué había hecho eso?, se preguntaba. Pero el espejo de su habitación le daba la respuesta.

Había dejado de parecer el peón de un rancho; era una novia. El vestido de lino blanco con chaqueta a juego era elegante y sofisticado. La pamela blanca enmarcaba un rostro que, con el sutil maquillaje y el brillo de los labios, parecía hermoso por primera vez.

Hallie no sabía que fuera guapa. Nunca lo habría sospechado porque no había querido hacer nada que Candice pudiera interpretar como un reto. Y eso significaba no utilizar maquillaje, no dejarse el pelo suelto y no llevar ropa femenina. Hallie había ahogado todos sus instintos naturales para evitar desagradables comparaciones.

Pero Wes le había dado una excusa para dar rienda suelta a sus reprimidos deseos y quizá se había pasado. Había conseguido una novia que no lo avergonzaría frente al juez de paz, pero Hallie no podía volver al rancho vestida de aquella forma. Después de la ceremonia, todo lo que había comprado aquel día quedaría guardado encuna bolsa en el bungaló que ocupaba en el Cuatro Ces. Era esencial que nadie sospechara de su matrimonio con Wes Lansing y sólo él la vería de aquella guisa.

Iba a casarse con una Corbett. Wes llevaba pensando aquello toda la tarde, observándola para encontrar en ella algún rastro de perfidia. Al principio sólo había visto una mujer reservada y silenciosa, pero su forma de apartar los ojos cuando la miraba lo había hecho sospechar de los motivos reales para aquel matrimonio.

Wes se tomó su tiempo observándola a través de la puerta que conectaba los dos dormitorios. Hallie se estaba mirando en el espejo y las emociones que veía en su rostro lo dejaron fascinado. Se miraba como si no se hubiera visto nunca. Y quizá era así. Wes supo inmediatamente que no era soberbia lo que la hacía estar frente al espejo durante tanto tiempo, sino sorpresa. Aquella imagen femenina y elegante no se parecía nada al peón con el que había salido de Texas.

Wes imaginó lo que habría sido su vida en el rancho con Candice Corbett, una bruja mimada y egoísta. La tímida y seria Hallie habría sufrido tantos desprecios de su prima que seguramente ignoraba que era dos veces más guapa que ella.

¿Qué clase de mujer era Hallie Corbett? ¿Por qué había soportado el maltrato de su abuelo y su prima después de los dieciocho años, cuando habría podido marcharse y hacer lo que quisiera con su vida?

Había visto la pasión en sus ojos cuando le dijo que no podía quedarse con los brazos cruzados y perder el Cuatro Ces y, sin embargo, el instinto le decía que se había quedado por algo más

que por el rancho. ¿Los años que había tenido que soportar a su abuelo habrían destrozado tanto su espíritu como para no darse cuenta de que podía tener una vida mejor? ¿Tan poca confianza tenía en sí misma?

¿O sería el sentimiento de deber y lealtad hacia su familia? Pero no había forma de conjugar ese deber con la elección de casarse con un miembro de la familia rival. A menos que fuera parte de un nuevo y perverso plan de los Corbett. ¿Podría ella estar usándolo de alguna forma para conseguir la aprobación de su abuelo?

Hallie Corbett era un misterio para él. Lo que había empezado aquella tarde como un reto para reclamar las tierras que pertenecían a su familia se había convertido en algo completamente diferente. Y no podía negar que la inmediata atracción que había sentido por ella hacía que la oferta fuera más tentadora.

Pero Hallie había aprendido desde la cuna que la deshonestidad y la manipulación eran las armas para salir adelante en la vida.

Por eso Wes había insistido en firmar una separación de bienes que aseguraba que él se quedaría con las tierras que lindaban con el Cuatro Ces y prevenía que ella pudiera reclamar algún día el Espino Rojo. Si Hallie resultaba ser igual que el resto de los Corbett, la llevaría a los tribunales.

Wes entró en el dormitorio para llamar su atención. Que Dios la ayudase si pretendía engañarlo.

Hallie vio a Wes a través del espejo y se puso colorada. Tenía un aspecto formidable con el traje oscuro y Hallie sintió una peculiar excitación. Su parte femenina se había despertado y, de repente, deseó aprobación de un hombre tan poderosamente masculino que su proximidad hacía que su corazón se acelerase.

Como si tuvieran un imán, sus ojos se clavaron en los de Wes y, por un momento, vio en ellos un brillo de interés, pero enseguida desapareció dejándola con la sensación de que lo había imaginado.

—¿Has llamado al hospital?

—Sí —contestó ella—. No hay ningún cambio.

—¿Sigues decidida a ir adelante con esto?

La pregunta hizo que Hallie lo mirase de nuevo. Pero no podía descifrar su hermética expresión.

—¿Y tú?

La mirada oscura del hombre se clavó en su cara y Hallie se

puso tensa. Wes estaba observándola de nuevo, estudiándola. ¿Cómo iba a casarse con aquel hombre? Nunca se sentiría cómoda en su presencia. Aunque no vivirían bajo el mismo techo como marido y mujer, no estaba segura de poder soportar la presión de su proximidad o la confusión de emociones que él provocaba.

—Algunos pensarían que estás traicionando a los de tu sangre casándote conmigo —siguió diciendo él.

Aquellas palabras hicieron que Hallie se sintiera culpable. Pero pensó en lo que el rancho significaba para ella y después recordó las crueles palabras que la habían llevado a aquella situación.

«Has sido una vergüenza para la familia desde que tu madre te llevó a mi casa», había dicho Hank. «No me importa que seas bastarda, pero no dejaré que mi rancho lo herede una inadaptada, una mujer que no va a tener hijos».

Hallie sintió un nudo en la garganta. Su abuelo le había dicho palabras afectuosas muy pocas veces en su vida. Y esas veces la estaba manipulando para conseguir algo.

—¿No pensarán lo mismo de ti? —preguntó ella suavemente.

—Es posible. Pero la diferencia es que Hank te aceptó en su casa cuando no tenías dónde ir.

—También aceptó a Candice —murmuró Hallie, indignada—. Y no creo que vayas a pedirle lealtad a ella.

—No tendría que hacerlo. Candice es tan leal a Hank que casarse conmigo sólo sería un plan para apropiarse del Espino Rojo —replicó él, clavando en Hallie una mirada de advertencia—. Si tienes algo en mente además de heredar el rancho, si crees que vas a ponerme en una situación que Hank pueda explotar, tienes que saber que eres tú la que va a sufrir. No significas nada para mí y que seas mi esposa significa aún menos.

El corazón de Hallie se encogió. Wes lo había dicho en serio y sabía que no tendría piedad de ella. Si sospechara que había una mano negra detrás de todo aquel asunto, su venganza sería brutal.

Ella nunca conspiraría contra él, pero si Hank vivía lo suficiente como para enterarse de que se habían casado, sería muy fácil que manipulara la situación.

Había estado tan desesperada por conseguir el rancho que no había querido ver el peligro que representaba Wes Lansing. Que él lo hubiera dejado tan claro hacía que se sintiera como una tonta.

Estaba entre dos hombres sin piedad que no la valoraban más que para convertirla en blanco de sus iras. Había sido una ingenua por ponerse en la línea de fuego cuando no podía luchar contra ninguno de los dos.

Hallie apartó la mirada para que él no pudiera ver la nube que cubría sus ojos y se quitó el alfiler que sujetaba la pamela.

—Le devolveré el dinero del avión y lo que haya pagado por la *suite* y la licencia. Pero le agradecería que no le contara esto a nadie.

—Entonces, era una trampa —dijo Wes, mirándola con un brillo peligroso en los ojos.

Hallie se obligó a sí misma a mirarlo. Wes Lansing no podía disimular que estaba furioso.

—No lo era. Pero acabo de darme cuenta de lo fácil que le resultaría a mi familia convertir esto en una trampa —replicó ella —. He sobrevivido durante muchos años, señor Lansing. Y no pienso ponerme a merced de un hombre que no es mejor que mi abuelo.

Después de eso, Hallie se dio la vuelta con dignidad. Se sentía humillada y le temblaban las rodillas. Había perdido su oportunidad.

Pero cuando se dio cuenta de eso, decidió concentrar sus energías en pensar que aquél era el principio de su nueva vida. Y en esa vida no habría un Hank, una Candice ni un Wes Lansing. Nunca sería la propietaria del Cuatro Ces, pero tampoco tendría que asumir el terrible riesgo de casarse con un extraño, un enemigo de la familia, para conseguirlo.

—Somos dos extraños, señorita Corbett —dijo Wes, a su espalda. Hallie se dio la vuelta e intentó leer su expresión. Sus facciones se habían suavizado—. Si la he juzgado mal, le pido disculpas.

Ella lo miró con seriedad.

—No soy tan inteligente ni tan valiente como para urdir un plan contra usted. Y si mi abuelo está manipulándonos de alguna forma, yo no soy parte del plan. No lo sería nunca.

Wes se quedó mirándola durante largo rato. Toda la intensidad de la que parecía capaz estaba concentrada en ella. Era casi insoportable, pero Hallie hizo un esfuerzo para no apartar la mirada. Él parecía estar estudiándola de nuevo, decidiendo si la

creía o no. Parecía estar leyendo sus pensamientos.

Era extraño conocer a alguien que desconfiara de ella casi tanto como Hallie desconfiaba de los demás. Y, curiosamente, la hacía sentir menos amenazada saber que alguien tan poderoso como Wes Lansing pensaba que ella podría tener potencial suficiente para hacerle daño.

—Si nos casamos, me será leal —dijo él. Aquella demanda la enfureció.

—¿Y usted, Lansing? ¿Me será leal? —replicó Hallie. Wes no había esperado aquella respuesta. No estaba acostumbrado a ceder y la idea parecía irritarlo—. Porque si nos casamos los dos tenemos derecho a esperar lealtad el uno del otro. Que el matrimonio sea secreto no cambia nada.

Él la miró durante unos segundos sin decir nada.

—Me sorprende —murmuró, mirándola de arriba abajo—. Y no estoy seguro de si me gusta —añadió, Hallie no sabía qué decir y se quedó callada, disimulando su ansiedad—. Pero me gusta la pamela. Si nos casamos, quiero que la lleve puesta.

Aunque lo hubiera dicho como una orden, aquello era un cumplido y Hallie lo agradecía.

—Si está seguro —murmuró, intentando disimular el temblor en su voz.

Wes dio un paso hacia ella y Hallie se quedó sin aliento cuando él tomó su mano izquierda para poner en su dedo un anillo de diamantes.

Una extraña emoción la invadía al mirar la joya. El suyo no era un matrimonio real y no había pensado que necesitaran un anillo; un anillo que significaba amor eterno.

—No puedo ponerme esto —susurró—. Por favor…

—Es una tradición.

—Éste no es un matrimonio de verdad. Ya es bastante sacrilegio casarse por… las razones por las que lo vamos a hacer.

Él apretó su mano, obligándola a mirarlo.

—¿Te preocupa casarte para obtener algo que quieres? —preguntó, tuteándola por primera vez.

Hallie no podía soportar la intensidad de su mirada y bajó los ojos, mientras intentaba quitarse el anillo.

—Claro que me preocupa.

—Será de dominio público cuando Hank muera y se sepa que reúnes las condiciones exigidas por el testamento —replicó él, sujetando su mano—. Tu abuelo sabe que ha tirado el guante con ese testamento. Si vive, ¿cuánto tiempo crees que podrás ocultarle el matrimonio? ¿Tan buena actriz eres como para que él no sospeche nada? ¿Cuántas mentiras vas a contarle?

Hallie consiguió soltar su mano. El calor que su proximidad la hacía sentir añadía otra dimensión a sus turbadoras palabras.

—Entonces seguir adelante con el matrimonio es absurdo.

—Los dos conocíamos el riesgo y hemos decidido casarnos porque merece la pena arriesgarse —insistió él.

Hallie apartó la mirada de nuevo. Todo había parecido tan simple unas horas antes. Se había sentido tan herida, tan furiosa por la crueldad de su abuelo, que no había calibrado las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer.

—Éste es un matrimonio y quiero que se sepa que hay ciertas tradiciones que hemos observado. Como la del anillo.

Hallie no quería dar la impresión de que había tenido alguna esperanza de futuro con Wes.

—Un anillo es demasiado simbólico —murmuró.

—Entonces quítatelo después de la boda. Pero tendrás que llevar la alianza —replicó Wes. Hallie estaba a punto de protestar, pero él se lo impidió—. Se está haciendo tarde. Si vamos a hacerlo, será mejor que nos vayamos cuanto antes.

Hallie tenía un nudo en la garganta. Cuando más lo retrasaran, más reservas tendría ella. Al final, fue su deseo de heredar el Cuatro Ces lo que la hizo asentir.

—De acuerdo.

Como si aquellas palabras fueran el disparo que daba principio a la carrera, su corazón adquirió un ritmo salvaje. Wes la sacó de la habitación tan rápidamente que apenas tuvo tiempo de volver a ponerse la pamela.

¿Se daría cuenta Wes de que la estaba torturando?

La iglesia parecía envolverlos en una atmósfera sagrada y Hallie no podía mirar al sacerdote a los ojos. Wes no la había llevado a una de las famosas capillas de Las Vegas, donde un juez de paz casaba parejas por docenas, sino a una iglesia de verdad y Hallie no podía evitar pensar que estaban haciendo votos ante Dios.

Pero no había protestado.

El sacerdote había dado comienzo a la ceremonia y la relevancia de lo que estaban haciendo pesaba sobre su corazón. Los votos matrimoniales eran un juramento de amor y lealtad eternos y ella se estaba casando para asegurarse una herencia. El sentimiento de culpa hacía que las palabras del sacerdote pesaran una tonelada.

—¿Y tú, Hallie Corbett, aceptas a Wes Lansing como esposo para amarlo y honrarlo en la salud y la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte os separe?

Hallie no podía contestar. El silencio los envolvió mientras el sacerdote lanzaba sobre ella una mirada llena de comprensión.

En ese momento, Hallie empezó a sentir una absurda esperanza. La esperanza de que Wes encontrase en ella algo digno de amar.

Para ser una mujer que apenas había recibido amor en su vida y que no tenía esperanzas de lograrlo, se sintió sorprendida de lo profundo que era su deseo de amar y ser amada. Pero ¿podía ser tan tonta como para abrir su corazón a la posibilidad de que un extraño la amase cuando a su propia familia le había resultado imposible?

Cuando por fin logró decir «Sí, quiero», se dio cuenta horrorizada de que quería hacer realidad aquellas palabras, que su corazón había puesto su supervivencia en la esperanza imposible de que, algún día, Wes quisiera hacer realidad aquellos votos.

Cuando él repitió «Sí, quiero», sus miradas se encontraron. La seriedad de los votos parecía haberlos afectado a los dos. El corazón de Hallie latía con tal fuerza que le hacía daño en las costillas.

—Yo os declaro marido y mujer —escucharon decir al sacerdote —. Puede besar a la novia, señor Lansing.

Hallie escuchó aquellas palabras y después observó, incrédula, cómo Wes se inclinaba hacia ella. ¡Iba a besarla! Estaba tan estupefacta que no podía moverse.

Los labios del hombre eran firmes y cálidos. El pánico había hecho que Hallie se pusiera rígida, pero durante unos segundos sintió como un relámpago interior que la derretía, obligándola a cerrar los ojos. Si Wes no la hubiera sujetado, se le habrían doblado las rodillas.

Cuando él se apartó, Hallie abrió los ojos y se enfrentó con el oscuro fuego que había en los del hombre. El había descubierto, no sólo que no había tenido una sola experiencia sexual, si no que

nunca la habían besado antes.

Hallie esperó que el sacerdote les diera la bendición final antes de firmar las actas y, cuando entraron en el taxi que los estaba esperando, le temblaban las piernas y su cabeza parecía a punto de estallar.

Apenas se dirigieron la palabra mientras cenaban en un tranquilo restaurante. La comida ayudó a Hallie a calmar los nervios y el dolor de cabeza desapareció.

—Debería haber llamado al servicio de habitaciones cuando llegamos al hotel —dijo Wes—. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

Hallie lo miró. Aquella disculpa la hacía sentir que se preocupaba por ella, aunque sólo fuera un poco. Pero ése era un pensamiento peligroso.

Wes se concentró en sus labios y la intensidad de su mirada le recordó el beso en la iglesia. En ese momento, un desconocido anhelo la invadió y tuvo que mirar su copa para disimular.

¿Volvería a sentir los labios de aquel hombre sobre los suyos alguna vez? ¿Volvería a sentir su calor, volvería a sentir aquella inusitada tormenta de sentimientos?

Algo le decía que no. Pero la parte de ella que se sentía abrumadoramente sola y perdida deseaba otra oportunidad y se negaba a dejar de esperarlo.

Para más humillación, Wes parecía leer sus pensamientos.

—No había pretendido que la ceremonia fuera tan… real. Pero el otro tipo de ceremonia no me pareció adecuada.

Allí estaba. La admisión de que la ceremonia en la iglesia había dado una impresión que él no había pretendido. La tonta esperanza que había sentido en la iglesia moría rápidamente. Hallie terminó su copa de vino y se obligó a sí misma a mirarlo.

—¿Te importa? —preguntó, señalando la copa. Wes volvió a llenarla y Hallie tomó una tercera antes de volver al hotel.

Hicieron el viaje en taxi en silencio. Ella séquito la pamela y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento para observar las luces de los casinos.

Las aceras estaban llenas de gente deseosa de vivir la noche de Las Vegas. Toda la ciudad era una fiesta de luz, energía y excitación, pero nada de ello le interesaba.

Si las circunstancias de la visita fueran otras, hubiera disfrutado apostando algo en uno de los casinos, probando su suerte. Pero haberse casado sólo para conseguir un rancho, esperando que su abuelo muriera antes de enterarse, la hacía sentirse como una mercenaria.

No importaba que Hank hubiera sido malvado, incluso cruel con ella durante toda su vida. Era su abuelo. Aunque eso no hubiera significado, nada para él, sí había significado algo para ella. Por eso le había hecho tanto daño y posiblemente había influido en su comportamiento desleal.

Cuando llegaron al vestíbulo del hotel, se abrieron las puertas de uno de los ascensores y tres mujeres salieron de él. Una de ellas se quedó mirando a Wes.

—¡Wes Lansing, qué sorpresa! —exclamó—. ¿Y quién es la joven? —preguntó, mirando a Hallie. Cuando bajó la mirada hasta la mano que sujetaba la pamela y vio el anillo, levantó los ojos, sorprendida—. ¡Wes Lansing, no me digas que es tu esposa!

## Capítulo 3

En, Hallie jugaba con la pamela, tan incómoda que no podía mirar a Wes.

—Edna Murray es la mayor cotilla de Texas. No creo que espere un minuto antes de contárselo a todo el mundo.

Hallie se sentía enferma. Edna Murray era su castigo por hacer votos sagrados que tendría que romper. Ya no había posibilidad de mantener su matrimonio en secreto hasta que muriera su abuelo. «¡Qué romántico! ¡De modo que éste es el final de la pelea de los Corbett y los Lansing!», había exclamado la mujer, encantada.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Hallie intentó entrar a toda prisa, pero Wes la tomó del brazo.

—Espera un momento.

Antes de que se diera cuenta de lo que iba a hacer, Wes se inclinó hacia ella y la tomó en sus brazos. Hallie intentó bajarse, pero él no se lo permitió hasta que estuvieron dentro.

—¿Por qué has hecho eso?

—Ahora que no podemos mantener en secreto nuestro matrimonio, tenemos que pensar en observar las tradiciones.

Hallie sacudió la cabeza.

—Nadie ha visto lo que has hecho.

—Pero verán que vivimos juntos en Espino Rojo —sonrió él, abriendo el mini bar.

Hallie se quedó perpleja ante el nuevo horror que la esperaba.

—No podemos vivir juntos.

Wes la miró de arriba abajo, poniéndose serio.

—¿Cuánto orgullo tienes? —preguntó, abriendo cuatro botellitas de *whisky* y sirviendo el contenido en dos vasos—. Ahora que nos han pillado, ¿quieres que la gente sepa que éste ha sido un matrimonio de conveniencia sólo para estropear los planes de tu abuelo? ¿O prefieres que piensen que fue un matrimonio precipitado que se destruyó poco después de la boda?

Hallie, atónita, dejó la pamela y el bolso sobre la mesa y tomó el vaso que él ponía en su temblorosa mano. Bebió un trago, pero se atragantó con el ardiente líquido.

—Si Hank no vive suficiente como para enterarse, a mí me da igual lo que piensen los demás, ya que los dos habremos conseguido lo que queríamos —siguió diciendo él—. Además, cuando la gente se entere de que existía esa cláusula, se pondrán de nuestro lado. Hank Corbett no tiene muchos amigos.

—¿Y si se entera antes de morir?

—Entonces, como supongo que te borrará del testamento definitivamente, voto porque parezcamos un matrimonio de verdad.

—Por eso preguntabas por mi orgullo —murmuró ella.

—No me apetece que me vean como un hombre que se casa con una mujer sólo para conseguir anas tierras y que la echa de su lado cuando se entera de que no puede conseguirlas. De modo que pareceremos un matrimonio de verdad. Empezando desde ahora mismo.

—Quizá a mí no me importe lo que la gente piense —dijo ella, tomando otro trago de *whisky*. Aquella vez no se atragantó.

—Yo creo que sí te importe. Mucho. ¿Por qué te habrías escondido durante todos estos años en el rancho si no fuera porque temes saber lo que la gente piensa de ti?

La percepción de aquel hombre era dolorosa y Hallie se sentía tan angustiada que bebió el resto del *whisky* de un trago.

—¿Por qué crees que sabes tanto?

—Porque si no fuera verdad, tú me lo dirías. En lugar de hacerlo, me retas.

Wes parecía leer sus pensamientos y eso la hacía sentirse expuesta y vulnerable. Al principio, pensó que era el miedo lo que la hacía sentirse mareada, pero se dio cuenta de que era el alcohol.

—Tengo miedo… de muchas cosas —admitió, sin pensar.

El terrible anhelo de dejar que alguien la conociera, la esperanza

de que podría revelarse a otra persona y ser querida, de repente llenó su corazón.

En ese momento recordó la corta ceremonia celebrada en la iglesia. Algo había ocurrido al hacer el voto. De alguna forma su corazón había buscado lo que tanto necesitaba y se había agarrado a lo que estaba más cerca: Wes Lan —*sing*.

—He cometido un terrible error —la voz de Hallie temblaba al decir aquello. Había perdido su única oportunidad de heredar el rancho y, además, había dejado al descubierto las necesidades y las esperanzas que había escondido durante toda su vida. Aquellas horas con Wes habían hecho que ocurriera y, de repente, se sentía abrumada.

Wes se acercó y le quitó el vaso de las manos.

—Tienes que sentarte —murmuró.

La cálida sensualidad que despertó el roce hizo que Hallie diera un paso atrás, pero poco acostumbrada a llevar tacones, perdió el equilibrio. Wes la sujetó del brazo y ella puso una mano sobre su pecho, pero la apartó inmediatamente.

—Tengo que irme a la cama —consiguió decir.

Pero cuando intentó apartarse, de nuevo se sintió mareada.

—Es posible —sonrió él, tomándola de la mano para llevarla al dormitorio. Hallie deseaba tanto apartarse de su roce y de la reacción que le provocaba que dio un paso atrás, chocándose contra el borde de la cama—. Puedes dormir sola esta noche, pero eso tendrá que cambiar cuando volvamos a Texas.

—No me gusta que me digas lo que tengo que hacer —dijo ella, irritada.

—No te gusta que te diga lo que tienes que hacer y no soportas que te toque. ¿Por qué? ¿Es por inexperiencia o me encuentras repulsivo? —preguntó él. La cabeza de Hallie empezó a dar vueltas —. ¿Me encuentras repulsivo porque soy un Lansing? O quizá los hombres grandes y duros no son tu tipo. ¿Te gustan más los guapos? —insistió Wes, ante su silencio. Hallie intentaba poner orden en su cerebro. Aquella pregunta demostraba que Wes Lansing también era vulnerable; él, un hombre que ella había creído de hierro—. No te gusta mirarme, te pones rígida cuando te toco y tenías los labios tan apretados cuando te he besado en la iglesia que no te los abrían abierto ni con dinamita. Eso es por inexperiencia o

por repulsión. O quizá por las dos cosas.

Su dura expresión la mareaba aún más. Imaginaba que Wes la juzgaba como una mujer frívola y con poco carácter, pero aquella posible vulnerabilidad en el hombre la hacía sentir una extraña conexión con él.

—Tienes… razón. No tengo experiencia. Ninguna. Y cuando… me tocas, no entiendo lo que siento —consiguió decir. Pero tenía que parar, pensaba tragando saliva. Él apretó su mano y eso la turbó aún más—. No es… no es repulsión.

El silencio los envolvió después. Hallie no se atrevía a mirarlo a la cara por temor a su reacción. Había desafiado el instinto protector que la había acompañado durante toda su vida para explicar un comportamiento que lo había ofendido. Y no sabía por qué.

Quizá él encontraba divertida su confesión y su falta de experiencia. ¿Se reiría? Hallie se sentiría devastada si lo hiciera, pero no podría hacer nada. Al menos, él habría entendido que compartir su cama estaba fuera de la cuestión.

—Mírame, Hallie.

La orden, emitida con suavidad, hizo que Hallie levantara la cabeza y sólo entonces se dio cuenta de que él había tomado su mano y la había colocado sobre su pecho. La miraba con tanta intensidad que casi le hacía daño.

Wes la tomó por la cintura y, cuando el aliento del hombre rozó su cara, ella cerró los ojos, tanto para prepararse para el beso como para borrar el brillo fiero de los ojos masculinos.

Y entonces sus labios se posaron sobre los suyos, cálidos y suaves. Hallie no pudo evitar ponerse rígida. ¿Debía besarlo? ¿Debía abrazarlo?

Wes deseaba besarla… la estaba besando. Pero Hallie sabía por instinto que lo estaba decepcionando. Cuando él se apartó, se sintió segura de ello.

—No aprietes los dientes. Relájate —susurró él con voz ronca.

Aquella vez, él abrió sabiamente sus labios y Hallie pudo sentir la humedad de su lengua. La sorpresa hizo que echara la cabeza hacia atrás, pero él la siguió. La sorprendente invasión de su lengua enviaba una corriente de lava por su cuerpo y no pudo evitar enredar los brazos alrededor del cuello del hombre.

El profundo y erótico beso era un tormento y, cuando Wes se apartó mucho más tarde, Hallie sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Cómo había vivido toda su vida sin eso? ¿Y cómo había podido vivir sin aquel sentimiento de proximidad, de cercanía? Un sentimiento que no había experimentado antes y que sólo había conocido a través del beso de Wes.

¿Por qué lo había hecho? ¿Qué había significado aquel beso?, se preguntaba.

—Si esto va a parecer un matrimonio de verdad, no puedes apartarte de mí como si fuera un extraño —dijo él entonces con voz ronca. El corazón de Hallie se hundió en su pecho. La había besado para romper el hielo, para que se relajara. No porque se sintiera atraído—. ¿Necesitas ayuda para meterte en la cama?

La voz del hombre parecía tiernamente divertida, pero a Hallie le daba igual. Podía reírse de ella todo lo que quisiera; se lo merecía. Había perdido la cabeza con la oportunidad de heredar el Cuatro Ces y aquél era su castigo por haber sido tan estúpida.

—Por favor, vete.

Wes la soltó y Hallie caminó con paso inseguro hasta el cuarto de baño. Sujetándose al lavabo, se quitó el maquillaje y se lavó los dientes, pero en su estado aquélla era una tarea monumental.

Algo importante estaba ocurriendo y se sentía tan desorientada por el *whisky* que no tenía defensa contra la abrumadora mezcla de ansiedad y dolor que oprimía su corazón.

Hallie levantó los dedos para tocar sus labios. La cálida sensación que había dejado el beso de Wes seguía quemándola.

A la mañana siguiente, Hallie se despertó con dolor de cabeza. Su cuerpo parecía pesar una tonelada mientras intentaba levantarse de la cama y darse una ducha rápida. El despertador marcaba las nueve en punto cuando tuvo todo guardado en bolsas para tomar el avión de vuelta a casa.

A casa. La palabra la asustaba. En aquel momento se dio cuenta de que las palabras que asociaba con su casa en los Cuatro Ces eran dolor y soledad. Nunca se había alejado del rancho y aquellas veinticuatro horas le habían ofrecido la oportunidad de ver las cosas con claridad.

Pero había hecho más que alejarse de allí durante veinticuatro horas. Se había casado con Wes Lansing. El pánico volvió a resurgir.

En su desesperado intento de conseguir el Cuatro Ces podría haberlo perdido para siempre. Y si era así, ya no tendría una casa a la que volver.

Wes no había esperado que se pusiera uno de los vestidos que había comprado el día anterior, pero se sintió desilusionado cuando la vio salir de la habitación con los vaqueros y la camisa de cuadros. Aunque su pelo suelto hasta la cintura era un consuelo. Hallie era una belleza natural, pero su aparente ignorancia sobre ese hecho lo intrigaba y le gustaba. Como le había gustado besarla.

—He comprado una maleta para ti —dijo, a modo de saludo.

Hallie apenas se atrevía a mirarlo.

—Gracias. ¿A qué hora sale el avión? —preguntó en voz baja.

—A las doce —contestó él. Hallie tomó la maleta que Wes le ofrecía y guardó sus bolsas en ella—. Un buen desayuno y una aspirina curan cualquier resaca.

Hallie se sentó frente a él y aceptó el frasco de aspirinas, intentando disimular su turbación.

—Gracias.

Hallie tenía dificultad para tragar y aprovechó que Wes estaba concentrado en el periódico para estudiar su cara, pero la expresión del hombre era indescifrable.

De repente, él levantó la mirada.

—¿Te sientes mejor?

—Un poco.

—¿Has llamado al hospital?

—Aún no —contestó ella, sin mirarlo.

—A partir de ahora estaremos mucho tiempo juntos. Tienes que acostumbrarte a mí —dijo Wes entonces. La voz ronca la tocó de una forma peculiar—. Ninguno de los dos estará cómodo si no te relajas.

Su mirada era penetrante, pero Hallie pudo ver en el fondo de sus pupilas algo cálido y amable.

—No sé si voy a poder —suspiró ella.

—Entonces, no es porque sea un Lansing, sino porque tienes miedo de mí.

Hallie tenía un nudo en la garganta.

—No me siento cómoda con mucha gente.

—¿Quieres sentirte cómoda conmigo?

El recuerdo del beso que habían compartido la noche anterior, de los votos que habían hecho en la iglesia, hicieron que Hallie sintiera un dolor en el pecho.

—¿Es importante para ti? —preguntó, poniéndose colorada.

—Eso depende.

Él la estaba presionando de nuevo para que le revelase la verdad sin darle una pista de lo que sentía. O de cómo reaccionaría cuando ella contestara. Hallie tenía los dedos tan apretados alrededor de la taza de café que habían empezado a quedarse dormidos.

—No estoy segura de…

—¿Cómo contestar? —terminó Wes la frase por ella—. ¿Por qué no me dices la verdad?

La pregunta hizo que se sintiera avergonzada. Hallie raras veces revelaba sus sentimientos y normalmente evitaba preguntas directas. Sabía que sus evasiones eran una mentira y solía escaparse refugiándose en el silencio. Irónicamente, le había revelado a Wes más de lo que le había contado a nadie. Pero eso no era suficiente para él.

—¿Cuál es la verdad, Hallie Lansing? ¿Quieres sentirte cómoda conmigo o no? —insistió él.

—Sí —contestó ella por fin, temblando—. Pero no estoy segura de que sea posible.

La dura expresión del hombre no se suavizó.

—Quizá no.

Aquellas palabras señalaron el final de la conversación.

Hallie estuvo tensa durante todo el vuelo. Llamó al hospital y no había cambio en el estado de su abuelo.

Wes había insistido en que parecieran un auténtico matrimonio. Se recuperarse Hank o no, Wes y ella vivirían públicamente como un matrimonio durante el tiempo que fuera necesario. Irían al hospital a visitar a su abuelo y, después, él la llevaría al rancho para que recogiera sus cosas y se irían a vivir al Espino Rojo. Hallie no quería ni pensar que Wes le exigiera compartir su cama.

No quería pensar que ir a vivir al Espino Rojo significara perder para siempre su casa en el Cuatro Ces. Además, había planeado seguir trabajando en el rancho como siempre. Como trabajaba durante muchas horas, dormiría en el rancho de Wes. Y si la salud de su abuelo seguía deteriorándose, sólo pasaría algunas noches allí,

quizá apenas unas horas.

La rápida visita al hospital no tuvo consecuencias. Hank seguía inconsciente y Candice no había ido a visitarlo aquel día.

Mientras conducían hacia el Cuatro Ces, la ansiedad de Hallie iba en aumento.

—Gira a la izquierda —le dijo a Wes cuando entraron en el rancho. Él la miró, sorprendido—. Yo no vivo en la casa.

Wes no dijo nada hasta que paró frente a su bungaló. Era una casa bonita de dos habitaciones, pero comparada con la mansión de Hank Corbett no era más que una caseta de peones.

—¿Desde cuándo vives aquí?

Hallie miró a Wes mientras él apagaba el motor y consiguió sonreír.

—¿Has estado alguna vez en el rancho?

—Que los Corbett sepan, no —contestó él—. ¿Crees que los peones vendrán a echarme?

—Hace veinte años, quizá.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Importa? —preguntó Hallie, apartando la mirada.

—Eres mi mujer.

Hallie sintió que una mano fría apretaba su corazón.

—No me gusta que me manipulen —murmuró, abriendo la puerta. Pero Wes la impidió salir, tomándola por la muñeca.

—¿Qué quieres decir?

—Que «eres mi mujer» sugiere que significa algo para ti, pero yo sé que no es verdad.

—¿Por qué no me dices desde cuándo vives en esta casa?

—Quizá no quiero que sepas que he vivido en esta casa durante diez años.

—¿Cuántos años tienes, veintitrés?

—Casi —contestó ella, saliendo del coche. Se dirigió al porche intentando disimular su turbación y esperó que él la siguiera antes de volverse—. He cambiado de opinión. Creo que sería mejor que me quedara aquí.

Wes se echó hacia atrás el Stetson para mirarla.

—¿Por qué?

—Todo se ha vuelto… demasiado complicado. He decidido que me da igual lo que la gente piense. Nos hemos casado por una sola

razón…

—¿Tanto miedo te da compartir tu vida con alguien?

Aquella pregunta la golpeó con sorprendente fuerza, despertando una rabia que pocas veces había sentido. Hallie tuvo que hacer un esfuerzo para mirarlo como si no sintiera nada, pero lo consiguió.

—Cuanto más sabe alguien sobre una persona, más poder tiene sobre ella.

—¿Poder para qué?

La rabia que sentía por la percepción del hombre se mezcló con el pánico.

—Para llegar hasta donde le permita su conciencia.

Wes la miró fijamente.

—Me parece que me has confundido con otra persona.

Su voz era suave, pero Hallie se dio cuenta de que se sentía ofendido. Ella no había querido ofenderlo, sólo había querido mantenerlo a distancia.

—No te conozco —murmuró, apartándose.

—El problema es que crees que yo soy otro Hank Corbett.

—¿Por qué insistes?

—Porque te escondes de mí.

Hallie tuvo que luchar contra el anhelo que le produjo esa frase, como si él quisiera decir que quería conocerla, que algo en ella le gustaba. El sentido común le decía que aquélla era una impresión errónea.

—No hay razón para que lo sepamos todo el uno del otro.

—Eres mi mujer y espero mucho de ti. Pero estoy dispuesto a darte mucho. Confianza, para empezar. Y eso significa que puedes confiar en mí para contarme por qué has vivido en esta casa sola desde que tenías doce años —insistió él. Hallie tuvo que rodearse a sí misma con los brazos, como si de ese modo pudiera protegerse de sus asaltos—. Eres mi mujer y tus acciones me afectan. Por eso vas a vivir conmigo en el Espino Rojo. Hemos llegado a un acuerdo y lo cumplirás, pase lo que pase.

Hallie sintió un estremecimiento. «Lo cumplirás, pase lo que pase». Se había enfrentado sola con los momentos más oscuros de su vida y había sobrevivido. La idea de que alguien iba a estar a su lado para enfrentarse a algo difícil era a la vez aterradora y

emocionante.

Pero sentía que había amabilidad bajo el duro exterior del hombre, compasión, humanidad y decencia. La sorprendía saber que confiaba en él completamente.

El deseo de compartir algo con Wes, fuera lo que fuera, hizo que aceptase ir al Espino Rojo. Y aunque pensaba que aquello no iba a terminar bien, sería el primer paso para alejarse del Cuatro Ces y… si lo perdía, quizá no sería tan devastador.

Sólo pudo murmurar «de acuerdo», sin mirarlo, para no traicionarse a sí misma.

Estaban guardando sus cosas en bolsas cuando Candice envió a uno de los peones para decirles que los esperaba en la casa.

## Capítulo 4

La mansión del rancho Corbett era una enorme casa de dos pisos, con una terraza sujeta por columnas, como las antiguas plantaciones del sur. En el porche había plantas por todas partes y muebles de hierro forjado, pero aquello solo era una impresión de hospitalidad.

Mientras Hallie y Wes subían al porche para encontrarse con Candice, él la tomó por la cintura posesivamente. El caos mental que produjo el roce se vio atemperado por un sentimiento de seguridad. Hallie siempre se había enfrentado sola con su familia y la sensación de que había alguien apoyándola era tan nueva que la asustaba.

Candice estaba sentada frente a una mesa de hierro y cristal sobre la que había una jarra de limonada y tres vasos con hielo. Llevaba un corto vestido blanco que realzaba su bronceado y sus largas y elegantes piernas. Con el pelo rubio, una complexión perfecta y grandes ojos azules, padecía un ángel que hubiera bajado a la tierra. Pero la barbilla levantada y el brillo venenoso que había en sus ojos mostraban el demonio que llevaba dentro.

Hallie no se sentó y Wes tampoco lo hizo. Le gustaba la impresión de seguridad y poder que daba estando a su lado. Candice tomó nota y sonrió ladinamente.

—Vaya, vaya, primita. Ya veo que has conseguido un marido —dijo, mirando primero a Hallie y después a Wes, con abierta admiración—. Felicidades Wesley. Deja que sea la primera en darte la bienvenida a la familia. Siento no poder invitarte a entrar, pero

Hallie siente aversión a entrar en la casa cuando el abuelo no está. ¿No es raro? Tendrás que preguntarle por qué.

Hallie tuvo que hacer un esfuerzo para disimular los nervios.

—¿Querías algo, Candice?

—Yo ya he conseguido lo que quería —sonrió la joven—. ¿Crees que lo conseguirás tú?

—No depende de mí.

—Eso es verdad —sonrió su prima, aquella vez sin disimular su irritación—. Iba a ofreceros una limonada, pero veo que queréis estar solos —añadió. Candice no pudo dejar de notar que Hallie se ponía colorada y miró a Wes especulativamente—. ¿No es encantador que Hallie se haya reservado para ti? Eso debe ser un placer para un hombre enamorado.

La expresión de Wes no cambió, pero Hallie vio un brillo de desprecio en sus ojos.

—Buenas tardes, señorita Corbett —fue todo lo que dijo, antes de tomar de nuevo a Hallie por la cintura para salir del porche.

—Buenas tardes, Wesley. Espero verte más ahora que eres miembro de la familia —se despidió Candice.

Ninguno de los dos se volvió para mirarla e hicieron el camino hasta el rancho de Wes en silencio.

—No quiero que estés a solas con ella —dijo él cuando llegaron al Espino Rojo. Hallie había observado su perfil mientras conducía y se daba cuenta de que estaba furioso, pero con Candice, no con ella. Y eso la alegraba secretamente.

—Candice sólo intentaba mostrarse irónica. Se sentirá satisfecha con eso hasta que se le ocurra otra cosa.

—¿Cuánto tardará?

—Es muy lista y está furiosa. Pero también está muy ocupada con la enfermedad de Hank. No creo que tenga mucho tiempo para meterse conmigo —contestó ella—. Pienso seguir trabajando en el Cuatro Ces. Candice no suele salir de la casa, así que no creo que nos veamos.

Wes se quedó pensativo durante unos segundos.

—Hablaremos de eso más tarde —murmuró por fin. Pero su perfil de granito dejaba claro que no pensaba volver a hablar de ello.

Había estado en la mansión del Espino Rojo el día anterior, pero

sólo había visto una parte. Además, estaba tan confundida y asustada en aquel momento que no se había fijado en los detalles.

La edificación victoriana de dos pisos daba una sensación de calidez que la mansión del Cuatro Ces nunca tendría.

Los tiestos del porche estaban llenos de flores y los muebles eran de madera con almohadones de flores, más por comodidad que para dar sensación de riqueza.

Wes le enseñó el piso inferior, presentándola como su mujer a la cocinera, Dora, y al ama de llaves, Marie. Las dos mujeres parecían encantadas con la noticia, pero sus entusiastas felicitaciones hicieron que Hallie se sintiera culpable.

Después de mostrarle las instalaciones, Wes ensilló dos caballos y estuvieron cabalgando por sus tierras durante más de media hora hasta que desmontaron en un pequeño riachuelo rodeado de árboles.

El sonido del agua era relajante, pero Hallie tenía la sensación de que iba a ocurrir algo.

—Tenemos que tomar algunas decisiones —dijo Wes entonces. Su voz era tranquilizadora, pero no así sus palabras—. No vas a trabajar en el Cuatro Ces.

Hallie sabía que él pondría objeciones, pero aquello era una orden.

—Has dicho que «tenemos» que tomar decisiones, pero lo que querías decir era que tú las ibas a tomar por mí.

—Tu prima está esperando el momento para atacarte y no creo que ninguno de los peones pueda ponerse de tu lado si ocurriera algo.

—Y yo no espero que lo hagan. No se lo permitiría, además.

La intensidad en los ojos oscuros del hombre se hizo más turbulenta.

—Me parece que subestimas los celos que Candice tiene de ti. Cada vez que te acerques a ella, te convertirás en blanco de sus iras.

Hallie apartó la mirada.

—No creo recordar que nuestro acuerdo incluyera convertirte en mi jefe o mi protector.

—Piensa en ello como un valor añadido. Tu independencia terminó en la iglesia, señora Lansing. Y la mía también.

Hallie lo miró, incrédula. Se sentía furiosa y, a la vez,

extrañamente aliviada. Era la parte que se sentía aliviada y emocionada contra la que tenía que luchar. Ella era demasiado vulnerable como para pensar que el deseo de Wes de protegerla significaba algo.

—Estás dándome otra versión del «eres mi mujer» —dijo ella suavemente—. Sólo que esta vez es porque lo que haga o lo que me hagan puede dañar tu buen nombre.

Él la miró con dureza.

—Lo que hagas o te hagan lo tomaré como algo personal porque eres mi mujer. Y lo que dañaría mi buen nombre es que permitiera que alguien te hiciera daño —replicó Wes—. Has vivido sola desde que tenías doce años. Como miembro de la familia y menor de edad, deberías haber vivido en la casa con tu abuelo. Y, según Candice, no pisas la casa a menos que Hank esté allí. Explícame por qué —insistió—. Tú me has metido en tu vida y me merezco una respuesta, Hallie.

El recuerdo de una vieja vergüenza la hizo ruborizarse. Su esperanza de que Wes no recordase el comentario de su prima se había evaporado.

Y lo peor era que Candice nunca habría dicho eso si pensara que Wes creería su versión de la historia.

Si Hallie hubiera pensado que Wes iba a pedirle explicaciones sobre su vida, jamás le habría pedido aquello. Pero él tenía razón. Ella lo había metido en su vida y se merecía una respuesta. Pero no podía mirarlo.

—La hermana de Hank vino a visitarnos una vez y le dijo a mi abuelo que Candice me maltrataba y que era una niña consentida y problemática. Desde entonces, Candice decidió probar que yo era una mala semilla —empezó a decir Hallie, haciendo un esfuerzo—. Alguien cortó con unas tijeras todos sus vestidos y uno de sus collares desapareció… para aparecer poco después dentro de mi cómoda. Las tijeras aparecieron debajo de mi colchón. Una criada que vio a Candice en mi habitación con el collar fue despedida por decirlo.

—¿Hank sabía la verdad? —preguntó Wes.

—Creo que sí. Candice hizo que mi abuelo llamara al comisario, pero me parece que él también se dio cuenta de lo que pasaba y amenazó con llamar a un asistente social para que interviniera en

mi favor. Por eso Hank permitió que me fuera a vivir a la otra casa.

—¿Te lo permitió o te obligó?

—Me lo permitió. Yo se lo había pedido antes de que Candice me hiciera esa jugarreta.

—¿Por qué te quedaste en el rancho tanto tiempo? Podrías haberte marchado cuando cumpliste los dieciocho años.

La rabia y la fuerza de voluntad que habían presidido su vida durante tantos años salió a la superficie en ese momento.

—Porque Candice se quedó con todo lo que era importante para mí. Hasta que sepa seguro que ella va a heredar el rancho, no va a echarme de aquí.

Wes no dijo nada y la rabia de Hallie se disipó. El sonido del agua empezaba a relajarla.

—Admiro tu tenacidad, pero ¿qué planes tienes si las cosas no salen como quieres?

—He ahorrado un poco de dinero y la hermana de Hank me dejó algo cuando murió —contestó Hallie, intentando que su voz no mostrara la emoción que sentía—. Será suficiente hasta que encuentre algún trabajo.

—¿Conoces a alguien fuera de aquí?

—Tengo algunos contactos.

—¿Sabes llevar un rancho?

—He llevado el Cuatro Ces —contestó ella—. Pero aceptaría un trabajo de peón en cualquier parte.

—Los peones no se hacen ricos.

—Yo no quiero el Cuatro Ces para hacerme rica. Esas tierras han sido de mi familia durante generaciones y me gusta pensar que es un sitio al que pertenezco.

Hallie se dio cuenta entonces de que estaba mostrando demasiado de sí misma. Ella no solía compartir confidencias y raras veces hablaba sobre sí misma, pero en menos de dos días le había contado a Wes más de lo que la mayoría de la gente sabía de ella.

—Me gusta que me cuentas cosas sobre ti —dijo él entonces—. Sólo nos conocemos desde hace veinticuatro horas, pero me interesas. ¿Crees que podría haber algo entre nosotros?

Aquella pregunta la dejó atónita.

—Es mejor no…

—¿Por qué?

—Hay riesgos que… no quiero aceptar —confesó Hallie.

¿Qué le estaba pasando? Había pasado su vida escondiendo lo que sentía, pero tenía un torrente de sentimientos guardados que, de repente, parecía imposible seguir escondiendo. Algo en Wes hacía que se deshiciera la muralla tras la que se había protegido durante toda su vida. Y eso la asustaba.

Aunque Wes hubiera logrado que le revelase cosas de su vida, no podía saber el terror que le producía querer a alguien. El amor era un absoluto misterio para ella. Quizá porque no lo había recibido nunca.

—Tu infancia fue dura, pero no dejes que eso arruine lo que puedas tener a partir de ahora —dijo Wes, poniendo la mano sobre su hombro.

Hallie tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su turbación. Tenían que cambiar de tema. Tenía que convencerlo de que no necesitaba ni consejos ni compasión. Y tenía que apartarse. El roce de la mano del hombre era como una corriente eléctrica que le impedía respirar.

—El único beneficio que he obtenido de mi infancia es que no me hago ilusiones sobre las cosas. No tengo esperanzas poco razonables sobre cuál es mi lugar en el mundo, ni sobre lo que debo esperar de la vida.

—De modo que ahora te vas a hacer la dura, vas a intentar demostrar que eres una cínica y no crees en el amor —dijo Wes—. Algunas mujeres hacen eso como un reto, para que un hombre les pruebe que están equivocadas.

Hallie se puso colorada hasta la raíz del cabello.

—Yo no haría eso.

—Ya lo sé. Tuviste valor para venir a mí y ofrecerme algo que los dos queríamos, pero te cortarías la lengua antes de pedirme algo más. Nunca me pedirías lo que es verdaderamente importante para ti.

—No hay nada más importante para mí que conseguir el Cuatro Ces —insistió ella, sin mirarlo.

—Eres una mentirosa, señora Lansing.

La tierra pareció abrirse bajo sus pies en ese momento. Habían estado juntos poco más de veinticuatro horas y Wes parecía leerle el pensamiento tan fácilmente como leía el periódico cada mañana.

Una vida entera escondiendo sus sentimientos, una vida entera pensando que era una maestra en ello estaba derrumbándose. Nunca podría confiar del todo en nadie, pero la idea de que Wes descubriese la verdad le hacía sentir pánico.

—Quiero el rancho, sólo el rancho —murmuró, insegura.

—Entonces, podrás compartir mi cama porque eres demasiado dura y demasiado cínica como para creer en cosas triviales como la atracción y el cariño. O la esperanza.

—No puedo compartir tu cama —dijo Hallie, casi sin voz.

—Te gustaría saber qué puede haber entre nosotros, pero te da tanto miedo de lo que puede no pasar que prefieres morir de sed antes de arriesgarte a tocar el agua. La verdad, Hallie Lansing, es que le darías el rancho a Candice en un segundo si alguien pudiera garantizarte que amarías y serías amada. Has necesitado valor y coraje para soportar tu vida y te admiro por ello, pero eres una cobarde en cuanto a perseguir lo que realmente quieres.

Hallie se sentía tan turbada por aquellas palabras que su corazón latía sin control.

—¿Por qué me haces esto?

—Debo haber visto algo en ti que me parece suficientemente valioso —contestó él, montando de nuevo en el caballo—. Si tienes hambre de otra cosa que no sea el Cuatro Ces, podrías comer conmigo.

Hallie, temblorosa, se acercó a su caballo y subió a la silla, sin mirarlo.

Volvieron a los establos al galope, en silencio. Parecían extraños de nuevo. Las pocas veces que sus miradas se cruzaron, la de él era oscura y distante. No había intensidad, ni percepción, ni un brillo de cercanía.

Él se había rendido. No iba a insistir. Aunque Hallie sabía que era inevitable, había un agujero en su corazón donde antes había habido un rayo de luz. Conocer a Wes había sido como conocer a un médico que identificara el mal de un paciente y le dijera que podía curarlo.

Casi habían terminado de comer cuando escucharon unos pasos rápidos en el vestíbulo. Elizabeth Lansing Dade apareció en el comedor y se quedó mirando a Hallie.

—Entonces, es verdad.

—Eso parece —dijo su hermano, levantándose.

Beth y ella habían ido juntas al colegio, pero apenas se conocían. Su abuelo no aprobaba la amistad entre ellas.

Beth era una belleza delicada, alta y esbelta. Tenía el cabello y los ojos oscuros como su hermano, pero eso era lo único que tenían en común.

—¿Por qué nadie me ha dicho que había algo entre vosotros dos?

—He intentado llamarte esta mañana desde Las Vegas, pero no te he encontrado —contestó Wes—. Beth, si vamos a tener una discusión familiar, será mejor que vayamos al salón.

Hallie se levantó y los tres pasaron al salón sin decir nada. Las dos mujeres tomaron asiento, Hallie en el sofá y Beth en el sillón mientras Wes iba al bar para servirse una copa de coñac. Después, se sentó a su lado, tan cerca que sus hombros y sus rodillas se tocaban.

—¿Por qué Hallie Corbett? —preguntó Beth.

—¿Es que tú nunca has hecho nada impetuoso y romántico?

—¿Estás diciendo que esto ha sido algo romántico? —preguntó su hermana, incrédula.

—Hallie es mi mujer, Beth. No podemos irnos de luna de miel porque su abuelo está enfermo, pero ésta es nuestra primera noche en casa. No esperaba que mi hermana pequeña apareciera para someternos a un interrogatorio.

Las sospechas de Beth parecieron disolverse entonces.

—Es que estoy tan… sorprendida. Y un poco dolida de que no me lo hayas contado. Tendrás que reconocer que es un poco raro que os hayáis casado cuando nadie sabía que teníais relaciones. Especialmente, siendo una Corbett.

—Vives a treinta kilómetros de aquí, Beth. Tú no sabes con quién mantengo relaciones y con quién no. Y siento mucho no habértelo contado antes. La verdad es que para nosotros también fue algo repentino.

Wes estaba engañando a su hermana para que creyera que su matrimonio era real y Hallie se sentía culpable.

—Wes… —susurró. Pero la mirada del hombre le advertía que no dijera nada.

—Bueno, supongo que tienes que felicitar a la novia. Podemos

charlar un rato antes de irnos al hospital.

—¿Al hospital?

—El abuelo de Hallie está en Cuidados Intensivos.

—Lo siento, Hallie. Me quedé tan… sorprendida —intentó sonreír Beth—. Espero que seáis muy felices. Bienvenida a la familia Lansing.

—Gracias —murmuró Hallie.

—Espero que me perdones por entrar así. Me gusta pensar que mi hermano mayor tiene a alguien que lo cuide, aunque él dice que no lo necesita —sonrió la joven—. No debería haberme preocupado.

—No pasa nada —dijo Hallie.

—Bueno, creo que debería irme a casa.

—Vete de una vez, mocosa —sonrió su hermano, abrazándola—. Y la próxima vez, trae a la niña. Hace una semana que no la veo y se va a olvidar de su tío.

—Sólo tiene cinco semanas y aún no reconoce a nadie —sonrió Beth.

—Entonces tienes que traerla más a menudo.

Hallie escuchaba la conversación con un extraño anhelo en el alma. El tonto anhelo de que Wes fuera tan afectuoso con ella como lo era con su hermana. Pero estaba tan tensa que, incluso después de que Beth saliera de la casa, no podía relajarse.

—No hay razón para mentirle a tu hermana. Wes clavó en ella una mirada penetrante.

—¿Tanto te molesta aparentar que éste es un matrimonio real?

—Sí. Mucho —susurró ella—. Y es peor con tu hermana. No está bien que la engañemos.

—Es verdad, pero tenemos un acuerdo.

—Hemos acordado que viviría en el Espino Rojo y que tendríamos un matrimonio real de cara a la gente. No hay razón para que tu hermana no sepa la verdad.

—¿Y qué haría Beth si supiera la verdad? No sería más fácil para ella aparentar que es tu cuñada que para ti aparentar que eres mi mujer —dijo Wes. Hallie no replicó porque no sabía qué decir. —Vamos, te llevaré al hospital.

# Capítulo 5

Cuando llegaron a la UCI les dijeron que Hank se había recuperado del estado de coma unas horas antes y estaba suficientemente lúcido como para negarse a ver a nadie.

Cuando volvían al Espino Rojo, Hallie se debatía entre la preocupación y el alivio. La preocupación porque podría tener que seguir adelante con aquel matrimonio indefinidamente y alivio porque Hank estaba mejor. Daba igual cómo la hubiera tratado durante todos aquellos años, Hallie no quería que muriese. Y no podía dejar de esperar algún signo, algo que le dijera que aquel hombre sentía cariño por ella a pesar del daño que le había hecho.

Estaba exhausta y la idea de pasar la noche con Wes la tenía enferma de angustia.

—No vas a una ejecución, Hallie. No espero que haya sexo entre nosotros —dijo Wes, cuando paró el coche frente a la casa.

El tono burlón hizo que Hallie se pusiera colorada.

—No me respetas. Si lo hicieras, no me pedirías esto.

—Respeto lo suficiente a mi «mujer» como para esperar que duerma donde tiene que dormir —replicó él. Hallie apartó la mirada—. Pase lo que pase con Hank, eres mi mujer. Y pienso tratarte como tal.

—En público —dijo Hallie—. Tu habitación es un sitio privado.

—Lo es. Pero Candice removerá cielos y tierra para saber si dormimos juntos. Hay dos personas más durmiendo en esta casa, Hallie.

—¿No esperas lealtad de la gente que trabaja para ti?

—Sí, pero no puedo decirles que tengan cuidado si alguien intenta sacarles información. Será más fácil para ellos si piensan que todo es normal entre nosotros —contestó él—. ¿Cómo voy a decirle a mi ama de llaves algo que no le he dicho a mi propia hermana?

—Pero entonces, ¿cómo vamos a conseguir la anulación? —preguntó ella, temblorosa—. Si la gente cree que dormimos en la misma habitación…

—Sólo podríamos conseguir la anulación si nunca hubiéramos vivido juntos. Cuando Edna Murray nos vio en Las Vegas camino de nuestra habitación perdimos toda oportunidad de anular el matrimonio —explicó él. Hallie apartó la mirada, asustada. Divorcio. Ninguno de los dos dijo la palabra en voz alta, pero parecía haber quedado colgada en el aire—. No es el fin del mundo, Hallie.

Agitada y nerviosa, ella abrió la puerta del coche.

Wes sabía que estaba aterrorizada. Aunque pretendía disimularlo, podía verlo en sus ojos.

Habían hecho turnos para ducharse y los dos estaban preparados para irse a la cama. Wes solía dormir desnudo, pero aquella noche se puso el pantalón de un pijama que había languidecido durante años en el cajón. Hallie llevaba un camisón de franela azul que le cubría desde el cuello hasta los pies, dándole un aire muy virginal.

Wes apartó las sábanas ignorando el brillo de terror que había en los ojos femeninos y se metió en la cama, esperando el momento en que Hallie reuniera coraje para tumbarse a su lado.

Ese momento se alargó infinitamente, pero Wes sabía que debía esperar. Hallie era como un potrillo que había sido maltratado. Tenía que saber que no todo el mundo era una amenaza, que había gente en la que podía confiar. Igual que un potro herido, se escondería hasta que alguien fuera a rescatarla.

Cuando por fin Hallie se metió en la cama, estaba tan rígida que parecía un pedazo de madera y Wes apagó la luz sabiendo que ella podría saltar si se atrevía a moverse un centímetro.

—Sólo un criminal obligaría a una mujer a mantener relaciones sexuales, Hallie —murmuró—. Aún no sabemos si hay algo entre nosotros, así que no tienes que estar asustada, Wes la escuchó respirar profundamente.

—Soy inexperta, Wes, no idiota. Un hombre y una mujer que duermen juntos…

—Bueno, mira, hazme saber cuando ya no puedas aguantar más sin tocarme —la interrumpió él, bromeando para romper la tensión —. Entonces te diré si me apetece o no.

Después de eso se dio la vuelta y golpeó la almohada. Wes sintió que ella lo miraba, seguramente preguntándose si estaba bromeando.

Estupendo. Que lo pensara. La estaba presionando, pero veía que ella respondía. Igual que el potro con el que la comparaba, presionarla un poco y soltarla después le daba oportunidad de comprobar si se sentía herida o asustada. E igual que ese potro herido, más tarde o más temprano se daría cuenta de que se sentía segura con él.

Porque Wes quería conocer a la mujer con la que se había casado. Los votos que habían hecho en la iglesia eran demasiado importantes como para tomarlos a la ligera. Y cuanto más tiempo estaba al lado de Hallie Corbett Lansing, más importante le parecía que ella hubiera hecho esos votos con él.

Hallie no podía relajarse. Estar tumbada en una cama al lado de Wes era una experiencia traumática para ella.

Sabía que él no la obligaría a nada, pero recordaba lo que le había dicho en el riachuelo sobre lo que realmente quería.

¿Sabría lo que había sentido cuando él la había besado? ¿Habría adivinado que deseaba otro beso tanto como lo temía? ¿Sabía lo fácil que le resultaría seducirla?

La inexperiencia y la confusión hacían que no supiera cómo actuar y temía equivocarse hiciera lo que hiciera. Desde que había decidido heredar el Cuatro Ces, había cometido un error tras otro hasta que todo era una catástrofe de la que no podía escaparse.

Y, además, estaba tumbada al lado de Wes Lansing, sintiendo el calor del cuerpo masculino quemándola de la cabeza a los pies.

Su fuerte masculinidad la abrumaba y el recuerdo de sus labios era de repente tan claro que Hallie se puso la mano en la boca para hacerlo desaparecer.

¿Qué ocurriría si se quedaba dormida y caía sobre él?

Era su soledad lo que la hacía temer aquello.

Su soledad y el insatisfecho deseo de amar y ser amada, cada vez

más difícil de suprimir. ¿Y si se quedaba dormida y algún desesperado impulso la obligaba a hacer algo vergonzoso?

«Aún no sabemos si hay algo entre nosotros, así que no tienes que estar asustada», le había dicho él. «Hazme saber cuando ya no puedas aguantar más sin tocarme. Entonces te diré si me apetece o no», había añadido después en tono burlón.

La verdad era que Wes no actuaba como si se sintiera muy atraído por ella. Por eso le daba miedo acercarse a él mientras estaba dormida y hacer algo a lo que no podía poner nombre dado su limitadísimo conocimiento de la sexualidad.

De modo que se quedó completamente rígida. Le dolía el pecho y tenía que aguantarse las ganas de llorar. Era una inadaptada, como había dicho su abuelo.

La ternura que Wes sentía por su mujer hizo que tuviera cuidado para no despertarla a la mañana siguiente. El cansancio la había rendido a las cuatro de la mañana y ni siquiera se había despertado cuando él la envolvió en sus brazos. Habían dormido de ese modo sin que ella se diera cuenta.

Wes apagó el despertador. Sí se quedaba dormida no —podría ir a trabajar al Cuatro Ces. Hallie tenía suficiente voluntad como para desafiar sus deseos, de modo que aquello se ajustaba a sus planes. Sabía que seguirían discutiendo sobre el asunto pero aquel día Hallie había perdido la batalla.

Hallie se sentía rodeada de calor, segura, contenta. Un sentimiento raro y hermoso del que no quería despertar.

La palma de su mano empezó a rozar un musculoso antebrazo cubierto de vello y llegó hasta una mano masculina. Guiada por un impulso placentero, sus dedos se deslizaron por la dura palma hasta llegar a unos dedos largos y fuertes que cuando se cerraron sobre los de ella le hicieron sentir una extraña paz.

—Buenos días, Hallie —escuchó un susurro ronco en su oído. Hallie se puso rígida, pero Wes apretó el brazo con el que rodeaba su cintura. Hallie sentía las duras líneas del cuerpo del hombre sobre su espalda y percibía cada detalle del cuerpo masculino—. Me da miedo soltarte —siguió diciendo él sobre su oído, la voz ronca del hombre prendándola como una cascada—. No quiero que saltes de la cama y vuelvas a ponerte tiesa.

Hallie se quedó muda. Unos segundos después, Wes la soltó y

ella se sentó sobre la cama, insegura. Wes se apoyó en un codo y la miró con una sonrisa en los labios.

—Me miras de una forma diferente. ¿Es una buena señal? —preguntó. La combinación del cuerpo masculino, la oscuridad y las sábanas hechas un lío le parecieron a Hallie lo más *sexy* que había visto en toda su vida.

—Eso… espero.

La atrevida confesión envió una ola de calor a su cara, pero vio un brillo de aprobación en los ojos masculinos. Wes levantó una mano y acarició su mejilla. El gesto parecía tan natural que Hallie se permitió a sí misma disfrutar del roce de sus dedos.

—Pasa el día conmigo, Hallie. Quiero que veas lo que hay a este lado de la verja —dijo Wes. Sorprendentemente, a Hallie no le resultaba difícil aguantar su mirada—. Podrías ir al Cuatro Ces, pero todo el mundo esperará que pases unos días sin separarte de tu nuevo marido.

Hallie pensaba en los duros hombres con los que trabajaba a diario. Hombres que bromeaban sobre el sexo y las mujeres cuando creían que ella no los escuchaba.

No había pensado hasta aquel momento lo duro que seria enfrentarse con ellos después de su supuesta noche de bodas. Nunca le dirían nada directamente, pero eso no hacía que se sintiera más cómoda.

Si aparecía demasiado pronto después de casarse, ¿hablarían de ello a su espalda? Si la veían como la inadaptada que Hank decía que era, la mujer que no parecía una mujer, quizá se convertiría en el objeto de sus bromas. Y aunque no quisieran, sería inevitable que ella se enterase.

Wes le había pedido que pasara el día con él, pero ¿qué harían? ¿Y si ella lo aburría? ¿Y por qué, de repente, era tan importante que Wes se encontrase a gusto con ella? Hallie no tenía ni idea de cómo ser divertida o cómo gustarle.

—Tus ojos son de un azul cambiante. A veces son muy claros, pero otras veces son oscuros, llenos de sombras. Como ahora —siguió diciendo él, sin dejar de mirarla—. Es un nuevo día, Hallie. Algunas cosas son posibles, otras no. Sólo te estoy pidiendo que pases el día conmigo.

El corazón de Hallie estaba lleno de emociones que se negaba a

identificar, pero que la hacían sentirse como una mujer nueva.

—De acuerdo —murmuró, sin voz.

Nunca se había cepillado el pelo delante de un hombre. Nunca había visto a un hombre afeitarse. Estar en el baño con Wes mientras compartían aquel ritual mañanero le daba un placer tan inesperado que sus preocupaciones empezaron a desaparecer.

Hallie esperó a que él saliera del baño para ponerse algunos de los cosméticos que había comprado en Las Vegas. Cuando se miró en el espejo se sintió encantada. Estaba claro que cuanto más tiempo estaba al lado de Wes, más femenina deseaba sentirse.

La sorprendía que, por primera vez en su vida, pudiera ser libre para ser algo más que la olvidada niña siempre a la sombra de una prima bellísima. Que pudiera ser libre para ser algo más que la niña que no se atrevía a revelar lo que sentía.

Mientras se miraba en el espejo, Hallie también podía ver un cambio más profundo que el que producían los cosméticos. Que Wes había sido el catalizador de aquel cambio era innegable. Había empezado desde el momento en que entró en su despacho con el testamento en la mano, desde el momento en que la mirada del hombre se había clavado en la suya.

Y viviendo con él, alejada de la opresión de su familia, se sentía increíblemente libre para explorar quién era, descubrir cosas de su personalidad que no sabía que existieran. Era como si hubiera caminado hasta la luz del sol desde la oscura habitación que había sido su cárcel durante toda la vida.

Pero seguía teniendo miedo de la luz. Era demasiado nueva para ella y se sentía demasiado insegura para estar cómoda del todo. Aunque, mientras guardaba los cosméticos en la bolsa de aseo y se miraba en el espejo, decidió que le gustaba aquel cambio.

¿Qué había dicho Wes? «Es un nuevo día, Hallie. Algunas cosas son posibles, otras no lo son».

Con el corazón más ligero que nunca, Hallie salió del cuarto de baño y bajó a desayunar.

Aunque haber dormido con Wes había sido una experiencia traumática, despertar en sus brazos la había afectado mucho más profundamente. Cuando se sentaron en la parte trasera del porche que daba al jardín y la piscina para compartir el desayuno, se sentía sorprendentemente cómoda a su lado.

Seguía estremeciéndose cada vez que recordaba haber pasado los dedos por su mano encallecida. Cada vez que lo miraba sentía de nuevo la cálida sensación del duro cuerpo del hombre pegado al suyo.

—He metido tu coche en el garaje —dijo Wes—. Puedes conducir el Cadillac si quieres, las llaves están en el contacto.

Hallie se dio cuenta entonces de que se había quedado mirándolo. Aparentemente, él no se había dado cuenta.

—Prefiero no hacerlo.

Aunque su coche no era un Cadillac ni un deportivo, era un automóvil bueno. ¿Estaría preocupado de que la vieran conduciendo algo poco elegante?

—¿Por qué no?

—Porque me gusta mi coche —contestó ella, comiendo sus huevos revueltos.

—No he comprado ese Cadillac especialmente para ti, pero vives en mi casa, duermes en mi cama y compartes mi vida. A mí me parece que conducir mi coche no es nada raro.

«Compartes mi vida». Aquellas palabras eran como un espejismo y Hallie sintió una punzada de dolor en el corazón. Estaban viviendo juntos, no compartiendo sus vidas.

Pero algo en aquellas palabras le pareció de repente tan sagrado que no se atrevió a corregirlo.

—Yo no tengo mucho más que cualquier peón —dijo ella con suavidad—. No quiero que la gente diga que me he casado contigo por tu dinero.

—¿Por eso insistías en pagar lo que compraste en Las Vegas?

—Se supone que es la propia novia la que paga el traje —contestó ella.

—Y se supone que una esposa puede utilizar todo lo que le pertenezca a su marido.

Wes parecía tan seguro de sí mismo, hablaba con tanta tranquilidad sobre maridos y esposas que Hallie sintió que debía aclarar la situación.

—Una esposa de verdad, Wes. Nosotros hemos firmado una separación de bienes.

—Eres mi mujer, Hallie. Y tan real que será necesario un divorcio real para cambiar eso. La separación de bienes sólo aclara

a quién le pertenece cada cosa, si decidimos divorciarnos.

«Si decidimos divorciarnos». Aquellas palabras hicieron que el tenedor temblara en su mano.

—¿Por qué dices esas cosas? —preguntó, sin pensar.

Wes se echó hacia atrás y observó su rostro, como si hubiera estado esperando aquello.

—¿Cosas como «si decidimos divorciarnos»? —preguntó él con voz grave—. Quizá pienso que las cosas han cambiado desde que nos casamos. Nos apresuramos a hacer esto pensando que los dos sabíamos cómo iba a terminar, pero me parece que ambos estamos sorprendidos. De modo que voy a pensármelo mucho antes de hablar sobre el divorcio.

Hallie estaba atónita.

—No hay nada que pensar.

—Yo creo que sí.

—Lo que quieres decir no es lo que dices.

—¿Cómo que no?

—Me refiero… parece que quisieras decir que podrías… que esto podría ser un matrimonio de verdad.

—Te dije desde el primer momento que yo siempre decía lo que pensaba —replicó él. Hallie estaba tan agitada que se levantó, aunque no había terminado el desayuno. Wes se levantó también y su altura y su formidable presencia parecían decirle que iría tras ella si pensaba escaparse—. ¿Por qué te sientes tan amenazada, Hallie?

Ella intentaba respirar, pero parecía haber corrido una milla. Wes la estaba torturando, jugando con sus deseos más profundos.

La idea de jugar al matrimonio durante un tiempo era demasiado peligrosa porque Hallie sabía que, más tarde o más temprano, él la rechazaría.

—He vivido sola toda mi vida —empezó a decir ella, incapaz de contener el temblor de su voz—. Y tú no vas a cambiar eso. No pienso jugar a los matrimonios cuando los dos sabemos cómo va a terminar.

—¿Cómo lo sabemos?

La paciente pregunta se clavó como una flecha en sitios que quizá no curarían nunca, sitios tan en carne viva que Hallie habló sin pensar:

—Yo no soy lo que tú quieres. Wes esbozó una sonrisa.

—Yo no sé lo que quiero todavía. ¿Cómo puedes saberlo tú? ¿Tienes una bola de cristal? —preguntó. Lo que quedaba de aquellos sentimientos cálidos que Hallie había experimentado al levantarse se derritieron como el rocío bajo el sol—. Cuando apareciste aquí hace dos días ofreciéndome recuperar unas tierras que habían sido de mi familia decidí aceptar tu ofrecimiento por ti, no por las tierras —siguió él, sin dejar de mirarla—. Si no me hubieras intrigado, si no hubiera sentido por ti una atracción inmediata, te habría dicho que no.

—Por favor —murmuró ella, sin aliento. Se moría de miedo, de dolor y de anhelo y no estaba segura de poder soportar aquel cúmulo de emociones.

—Sólo te estoy pidiendo tiempo y quizá una oportunidad, Hallie —insistió él. La ternura de su voz y la sinceridad de sus ojos oscuros la rindieron por completo. Hallie apartó la mirada, intentando luchar contra el caos de emociones que Wes había despertado—. Por favor… siéntate conmigo. Termina tu desayuno. No quería que te enfadases. Lo siento.

«Lo siento». Palabras que Hallie raras veces había escuchado, palabras que mágicamente borraron el dolor que él mismo le había infligido. Pero en realidad, Wes no había querido hacerle daño, sólo había descubierto su lado más sensible. Debía parecerle patética.

Si se escapaba en aquel momento, él se daría cuenta de lo frágil que era. Si se quedaba y se obligaba a sí misma a portarse de forma normal, quizá podría convencerlo de que no estaba desolada por enfrentarse con el imposible ideal de tener una oportunidad de amar.

Sus rodillas temblorosas hicieron posible que se sentara. No podía mirarlo. Hallie tomó la servilleta y volvió a colocársela sobre las rodillas.

—Voy a echar un vistazo a un par de potros que compramos el mes pasado.

Charla sobre el trabajo. Una charla segura. Hallie intentó comer, pero al principio era un esfuerzo vano. La voz de Wes mientras hablaba del rancho la tranquilizaba. No quería pensar por qué la ronca voz masculina la hacía sentir de ese modo.

Cuando por fin consiguió relajarse, iban camino de los corrales.

Estaban a unos metros cuando Marie llegó corriendo para avisar a Hallie de que tenía una llamada.

# Capítulo 6

—Dígale que voy en camino. Hallie colgó el auricular. El presentimiento que la había hecho correr hacia la casa para hablar con el hospital se había convertido en miedo. Según la enfermera, Hank se encontraba mucho mejor y «ordenaba» que fuera al hospital enseguida.

Hank encontraría gran satisfacción en destrozarla antes de anunciar que la dejaba fuera de su testamento.

A pesar de todo, la mejora de la salud de su abuelo era un alivio. El no lo sabía, pero que cambiara el testamento y la dejara fuera le quitaría un peso de encima. No tendría nada que reclamar cuando él muriese. Y si eso ocurría, Wes y él podrían ser libres.

—¿Cómo está? —preguntó Wes desde la puerta.

—Bastante bien. Ha salido de la UCI y quiere que vaya al hospital enseguida.

—Yo te llevaré.

Hallie negó con la cabeza.

—No, gracias.

—No deberías ir sola.

—He ido sola al hospital todos los días durante un mes.

—Te has casado conmigo y Hank lo sabe.

—Por eso me ha llamado, ya lo sé.

—No quiero que vayas sola —insistió Wes—. Si te trata mal, como suele hacer, no quiero que vuelvas conduciendo.

Hallie apartó la mirada. Hank estaría furioso por lo del matrimonio y tendría que soportar un tormento cuando fuera a

visitarlo, estaba segura. Pero no podía confundir la preocupación de Wes. Él había dejado claro que todo lo que hiciera tenía que ver con él porque estaban casados. Porque era su esposa y llevaba el apellido Lansing. Probablemente era más un sentimiento de posesión que algo realmente personal.

No podía permitirse pensar que era algo más. El instinto de supervivencia le decía que se distanciara de Wes y Hallie se obligó a sí misma a mirarlo a los ojos, aparentando despreocupación.

—¿Qué podría decirme que no haya escuchado ya? Lo único nuevo que puede decir esta vez es: «Estás fuera de mi testamento, nunca heredarás el Cuatro Ces».

—¿Y podrás soportarlo? Además, supongo que dirá cosas bonitas sobre tu matrimonio con un Lansing.

Su persistencia la frustraba. Hallie mejor que nadie sabía lo que la esperaba. Consiguió sonreír, pero sabía que era una sonrisa falsa.

—No necesito un protector.

—Lo que no quieres es un testigo. Aquella vez su percepción hizo que se sintiera resentida.

—Eso es, Lansing. Así que, ¿por qué no me dejas en paz?

Debía ser lo más petulante que había dicho en toda su vida. Cuando vio el brillo de sorpresa en los ojos del hombre se dio cuenta de que él no lo esperaba.

Pero ¿por qué iba a esperarlo? Hasta aquel momento, Wes había conseguido de ella todo lo que quería. Como presionarla para que confiara en él o insistir en que compartiera su cama.

A pesar de lo que él había dicho sobre perder la independencia en Las Vegas, ella no podía perder la suya. Y era el momento de demostrárselo.

—Voy a ir al hospital. Sola.

—Muy bien, Hallie. Te dejaré en paz.

Hallie no había conseguido calmarse mientras conducía por la autopista. El desayuno que se había obligado a tomar parecía una piedra en su estómago y los antiácidos no habían hecho efecto.

Estaba a punto de perder su única oportunidad de heredar el Cuatro Ces, pero tenía que darle a Hank la impresión de que no le importaba, de que eso no le causaría dolor.

Hallie se paró un momento frente a la puerta de la habitación de su abuelo e intentó calmarse un poco. Wes la hacía sentirse insegura

sobre su habilidad para esconder sus sentimientos. Aunque Wes era mucho más perceptivo que Hank y Candice. Probablemente porque su percepción estaba basada en una inclinación a entender y no en buscar las debilidades de los demás.

Aquello hizo que lamentara de nuevo lo que le había dicho. Quizá él estaba realmente preocupado por ella. No debería haber perdido los nervios, no debería haberle contestado como lo había hecho. Había sabido desde el principio que era un hombre dominante, pero su forma de dominar no era en absoluto brutal.

Intentando apartar de sí la imagen de Wes, Hallie se tomó un momento para calmarse y, por fin, empujó la puerta de la habitación simulando confianza.

Hank Corbett estaba sentado sobre la cama y Candice le colocaba unas almohadas en la espalda. La enfermera salió silenciosamente de la habitación al ver a Hallie y su prima la miró de arriba abajo, sonriendo maliciosamente.

—Mira quién ha venido, abuelito.

Hank levantó la cabeza.

—Ven aquí. Deja que vea de cerca a la señora de Wes Lansing.

Hallie intentó seguir respirando con normalidad mientras se acercaba a la cama.

—Hola, Hank. Veo que estás mejor.

Y así era. Los duros ojos grises del anciano eran claros y agudos. Su cara angular había perdido la palidez enfermiza y parecía lleno de energía. El cambio la sorprendió. ¿Se habrían equivocado los médicos en el diagnóstico de una enfermedad terminal?

—Candice lleva detrás de Lansing desde que se dio cuenta de que los niños y las niñas eran diferentes, pero te lo has llevado tú —rió el anciano. Candice la miró con expresión furiosa, pero Hallie se negó a devolverle la mirada—. Nunca se me habría ocurrido que podrías hacer algo que para Candice ha sido imposible —siguió diciendo su abuelo. Por primera vez en toda su vida, la dureza de sus facciones había desaparecido—. Me parece que te he subestimado.

Hallie casi dio un salto cuando Hank tomó su mano. Se sentía mareada, como si hubiera entrado en otro mundo. Cuando miró a Candice se dio cuenta de que su prima estaba aún más sorprendida que ella.

—Pero abuelo… —empezó a decir la joven—. Hallie te ha clavado un cuchillo en la espalda.

—Claro que sí —asintió él, pero su sonrisa demostraba que estaba encantado—. Pensaba que iba a dejarla fuera de algo que es suyo y no lo aceptó.

Hallie miraba a su abuelo, atónita. Sus ojos brillaban con la aprobación que había anhelado durante toda su vida, pero la razón para ello empezó a estar clara enseguida.

—Me has dado la vida, Hallie. Has tenido redaños para enganchar a ese Lansing. Ahora tenemos nuevos retos —siguió diciendo Hank.

Horrorizada, Hallie intentó apartar la mano, pero Hank la sujetaba con fuerza. En cuanto notó los anillos tiró de ella para mirarlos de cerca.

—Y mira esta piedra. ¿Cuántas veces he dicho que una mujer inteligente puede convertir su virginidad en una fortuna?

Aquello hizo que Hallie sintiera asco. Nunca había visto tan de cerca la calculadora y repugnante mente de su abuelo.

La sensación de que, finalmente, Hank la había aceptado en la familia Corbett, y en el nivel de maldad que eso requería, hizo que se pusiera enferma.

—Candice tiene razón —dijo, a la desesperada—. Ha sido una deslealtad. Me casé con Wes pensando que morirías antes de cambiar el testamento.

—Y eso prueba que eres una Corbett —replicó el hombre—. Un Corbett lucha, limpia o suciamente, con cualquiera que quiera arrebatarle lo que es suyo. Por eso, cuando yo muera el Cuatro Ces será tuyo. Y, mientras tanto, ya veremos lo que puedes hacer ahora que tienes a Lansing bien amarrado. No me imagino un incentivo mejor para no morirme en mucho tiempo —añadió. Hallie sintió que la tierra se abría bajo sus pies—. Vamos, dale un beso a tu abuelo.

Como si se hubiera convertido en un robot, Hallie se encontró a sí misma besando la cara del hombre. Hank nunca le había mostrado afecto, ni siquiera cuando era pequeña. Que la hubiera besado en aquel momento sólo la llenaba de disgusto.

—Vete a casa con Lansing y haz que se distraiga. Ya pensaré cuál debe ser tu próximo movimiento —siguió diciendo Hank, sin

soltar su mano.

Hallie miró la cara de su abuelo, buscando en vano una señal de que todo aquello era una broma. Pero cuando miró a Candice, se dio cuenta por su expresión de que si aquello era una broma, ella no había tomado parte.

Cuando salió de la habitación, se sentía confusa y desorientada. Caminaba por el largo pasillo tan aturdida que empezaba a dudar de su cordura. Estaba saliendo al aparcamiento cuando alguien la retuvo tomándola del brazo.

Candice se colocó frente a ella, sus preciosas facciones lívidas.

—Eres una traidora. Hank ha tomado demasiadas medicinas como para darse cuenta de lo que está pasando, pero yo haré que lo vea. Tú no tienes más poder sobre Wes Lansing que yo.

—Nunca he dicho que lo tuviera. Candice se acercó un poco más, mirándola con ojos de fuego.

—Y no vas a heredar nada. Yo soy la heredera de los Corbett. Tú no te llamarías Corbett si el tipo con el que se acostó tu madre se hubiera quedado en su cama durante más de una hora.

El insulto la enfureció tanto que Hallie salió de su estupor.

—¿Qué estamos haciendo, insultando a nuestras madres? Si es así, me pregunto cuál de las dos tendría más sangre de los Corbett… en caso de que Hank nos obligara a hacer una prueba de ADN.

El horror en la expresión de su prima le produjo menos satisfacción de la que había esperado. Los insultos eran cosa de Candice, no suya. Hallie solía ignorar los que le dirigía a ella, pero no pensaba tolerar que insultara a su madre. Si para ello tenía que rebajarse a su nivel, lo haría.

Candice se recuperó inmediatamente y la miró de forma retadora.

—Muy bien, prima —empezó a decir, moviendo la cabeza como si acabara de tomar una decisión—. Como ha dicho el abuelo, los Corbett luchan, limpia o suciamente, por lo que es suyo. Pero si quieres recuperar lo que es tuyo será mejor que vayas a buscar tus cosas al rancho antes de las dos. Y eso incluye tus caballos, que pueden ser «accidentalmente» enviados al matadero a las dos y media.

—Muy bien —murmuró Hallie con frialdad, aunque sabía que la amenaza era cierta—. Espero que me permitas usar uno de los

camiones del Cuatro Ces.

Candice sonrió.

—Claro, primita. Pero será mejor que lo devuelvas antes de las tres o llamaré al comisario para denunciarte por robo.

Hallie se dio la vuelta y entró en su coche, sintiendo que su cabeza iba a estallar.

A las dos en punto, Hallie salía del Cuatro Ces conduciendo uno de los camiones del rancho.

Unos minutos después, la sirena de un coche patrulla la sorprendió.

Cuando el policía le hizo una señal, Hallie redujo la marcha y paró en el arcén. En el camión llevaba el resto de sus cosas y los tres caballos que eran de su propiedad.

Si hubiera pensado con la cabeza, se habría dado cuenta de que el «amable» ofrecimiento de Candice para que usara uno de sus camiones no era más que una trampa.

—Buenas tardes —saludó al policía cuando éste se colocó a su lado—. ¿Pasa algo? Iba a una velocidad normal.

—Por favor, salga del camión señorita Corbett.

El tono del hombre no daba lugar a dudas y Hallie obedeció.

—Voy a tener que arrestarla. Tiene derecho a permanecer en silencio…

Cuando Wes entró en la comisaría con los certificados de propiedad de los caballos y consiguió que dejaran salir a Hallie estaba a punto de estallar. Había ido antes a ver a su abogado y había presionado para que retirasen la demanda, pero al día siguiente en todos los periódicos locales aparecería la historia del arresto de Hallie Corbett Lansing por un supuesto robo. Aunque también se verían obligados a publicar que los cargos eran falsos, el hecho de que publicaran la noticia volvía a dar notoriedad a la vieja pelea entre los Corbett y los Lansing.

A Wes le importaba un bledo que hablasen de los Corbett, pero sí le importaba que el apellido de los Lansing apareciera ensuciado por algo que no era más que una pelea entre primas.

Quizá Hallie tenía razón. Quizá ella no era lo que él deseaba. Wes se dio cuenta de que, en gran parte, la furia que sentía en aquel momento era debida a que quería que lo fuera.

Hallie estaba sentada rígidamente en la oficina. Era mejor que

estar en una celda, pero debían considerarla una delincuente peligrosa porque aún llevaba puestas las esposas.

De todas las pequeñas venganzas de Candice, aquélla era la más humillante. Sin darse cuenta, Hallie se pasaba los dedos por la pernera del pantalón, como si así pudiera borrar la vergonzosa tinta que había quedado en ellos cuando habían tomado sus huellas.

El camión había sido precintado y los caballos estaban en un establo público. Nadie le había dicho si los cargos eran sólidos y su abogado no se había presentado todavía.

Le habían pedido los certificados de propiedad de los caballos, pero estaban en una caja en casa de Wes, La pretensión de solucionar el asunto sin llamarlo había sido demasiado ingenua.

«¿Por qué no me dejas en paz?». Hallie recordó sus propias palabras. Y las palabras de él: «Te dejaré en paz».

Si hubiera aceptado que nunca heredaría el Cuatro Ces y hubiera hecho planes para empezar una nueva vida, nunca habría acudido a Wes. Si no hubiera acudido a Wes, nunca habría puesto en movimiento la cadena de calamidades que habían culminado con su detención.

Y las calamidades no terminaban allí. Aún tenía que enfrentarse con Wes; tenía que soportar las consecuencias de haber deseado mantener su independencia, sabiendo que al estar casada todas sus acciones lo involucraban también a él y podrían mezclar su apellido con un escándalo.

Si le hubiera permitido a Wes ir con ella al hospital, dudaba que aquello hubiera pasado. Si hubiera pensado que Candice llegaría tan lejos…

El sonido de unas botas en el pasillo la hizo sentir un escalofrío. Tontamente, apretó las manos en su regazo para esconder las esposas y esperó. La puerta se abrió en ese momento y Wes entró seguido del comisario.

Hallie había soportado miradas duras muchas veces, pero la mirada brutal de Wes la hizo temblar. Un fuego helado brillaba en sus ojos oscuros. El control con el que se movía sugería una violencia a duras penas contenida.

—Hallie —dijo en voz baja, pero algo en su tono le decía que era más una advertencia que un saludo.

¿Qué sabía ella en realidad sobre Wes Lansing? Después de la

aterradora visita a su abuelo, Hallie se dio cuenta de que cada vez confiaba menos en nadie. Aunque sabía que Hank era un hombre cruel, no se había dado cuenta hasta aquel día de lo diabólico que era.

¿Sería Wes también un hombre violento? ¿La forma en la que la miraba sería el principio de otra traumática revelación? Hallie empezó a sentir náuseas mientras el comisario se acercaba para quitarle las esposas.

—Voy a dejarla ir, pero queda pendiente de que anulen los cargos, señora Lansing —la advirtió el hombre. Hallie no se atrevía a mirar a Wes—. Le aconsejo que no se mueva del Espino Rojo hasta que todo esté aclarado. Y le sugiero que no se acerque a la señorita Corbett. Si necesita algo más del Cuatro Ces, llámeme y yo iré personalmente con usted. Espero que entienda que el agente que la arrestó sólo estaba haciendo su trabajo.

Ella asintió.

Como si los ojos de Wes tuvieran un imán, Hallie lo miró durante un segundo. Y, en ese segundo, el brillo helado de sus ojos se había grabado en su mente como una fotografía.

—¿Y mis caballos?

—El señor Lansing se ha encargado de todo.

Hallie tomó su bolso sin decir nada más. Wes la seguía en silencio. Cuando estuvieron en el aparcamiento, la tomó del brazo y el roce hizo que sintiera un escalofrío. Siguieron sin hablar mientras él arrancaba el coche unos segundos después.

Cada uno de sus movimientos era calmado, seguro, pero la furia que emitía la paralizaba. Cuando llegaron a la autopista, Hallie volvió a sentir náuseas.

—Dora ha dejado la comida en el horno —dijo Wes por fin cuando casi habían llegado al Espino Rojo.

Hallie lo miró entonces. Su expresión era severa, pero había abierto una puerta.

—Me han dicho que tú te has hecho cargo de mis caballos.

—Están en mi establo. El resto de tus cosas está en la casa.

—Gracias —murmuró ella. La breve conversación sonaba perfectamente natural, pero Wes seguía tenso—. Tengo que explicarte lo que ha pasado.

—¿Vas a darme información voluntariamente? —preguntó él,

mirándola con fingida sorpresa.

—Y te debo una disculpa.

—Quiero que me digas la verdad.

Wes no podía haber dejado más claro que dudaba de su sinceridad. Después de las cosas que la había obligado a admitir sobre sí misma, aquello era una señal de que sus evasivas iniciales habían hecho que perdiera credibilidad frente a él.

Y si eso no era suficientemente malo, Hallie recordaba lo que le había dicho cuando había aceptado casarse con ella: «No me harás quedar mal».

Entonces hablaba de casarse con una mujer vestida como un peón. Aquel día, su esposa había sido arrestada. Hallie no podía imaginar la vergüenza que eso le habría causado a un hombre tan orgulloso como Wes Lansing.

La comida fue tensa. Wes apenas la miró, concentrándose en su plato y Hallie se obligó a sí misma a comer mientras lo observaba cortar el filete con precisión. La vaga impresión de violencia contenida estaba destrozando sus nervios.

En su mente se repetía la escena del hospital cuando había mirado a su abuelo a los ojos y había visto finalmente lo que era, cuando había descubierto el demonio que se escondía en su cabeza. No podía evitar pensar que su percepción de Wes también podía ser errónea. La amabilidad que había sentido en él, la compasión y la bondad, su afecto hacia su hermana… ¿serían reales o estaba a punto de descubrir que sólo habían sido fruto de sus propios deseos?

Recordaba las palabras que le había dicho la noche de su boda: «Da igual que seas mi mujer. No significas nada para mí».

Una repentina náusea hizo que Hallie saliera del comedor intentando disimular que se encontraba enferma. Estaba tan angustiada mientras subía las escaleras que temió no llegar al cuarto de baño.

Para haber sobrevivido a los acontecimientos de su vida con coraje y determinación, era sorprendente que se sintiera tan conmovida, tan débil. Hallie se sentó al borde de la bañera y apoyó la cabeza en la pared, esperando que se le pasaran las náuseas.

El recuerdo de lo que había ocurrido en el hospital invadía sus pensamientos. Había luchado todo el día para no recordarlo, pero se

sentía demasiado débil como para apartar de su mente la imagen de Hank.

Había esperado toda su vida para conseguir un signo de aceptación de su abuelo, para conseguir unas palabras de elogio, para ser bendecida con un poco de afecto.

Aquel día lo había conseguido. Pero había sido basado en lo único que era importante para su abuelo: las conspiraciones, la ruindad que Hank había creído que ella también poseía. Incluso el hecho de que se hubiera casado sin decírselo la había marcado como una Corbett a sus ojos.

En ese momento, Hallie no pudo controlar las náuseas.

# Capítulo 7

Wes llegó al final de la escalera. Había salido tras Hallie porque era el momento de hablar, pero no antes de que su furia se disipara. Y para eso tenía que comer algo y dejar que las cosas se calmaran.

Wes imaginó que habría ido a su dormitorio, pero le pareció raro. Para una mujer como Hallie, el dormitorio sugería una intimidad que ella no podía soportar. A menos que hubiera querido retrasar las cosas metiéndose en la cama.

Hallie estaba sentada al borde de la bañera cuando escuchó a Wes entrar en la habitación. Lo último que deseaba era una confrontación con él en ese momento, pero sabía que era inevitable y se obligó a sí misma a levantarse. No quería que Wes la viera así. No quería que pensara que estaba montando un número patético para darle pena.

Hallie se miró en el espejo y se pasó las manos por la cara para devolverle algo de color.

—¿Hallie?

La voz de Wes al otro lado de la puerta no parecía furiosa y ella estaba demasiado agotada y demasiado enferma como para tener miedo.

—Saldré dentro de un minuto.

Cuando Hallie consiguió arreglarse un poco, las náuseas y el pánico habían reaparecido, pero abrió la puerta del baño.

Wes estaba medio tumbado sobre la cama, con el cuerpo apoyado en el cabecero. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y

la miraba con tal intensidad que parecía atravesarla.

Nunca le había parecido más guapo. Sus serias facciones eran tan primitivamente masculinas y atractivas que no pudo evitar sentirse afectada.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias —contestó ella.

—Entonces, cuéntame. Candice te ordenó que sacaras tus cosas del rancho y tú tomaste prestado uno de los camiones, ¿no es así?

Wes usaba el término «tomar prestado», como sugiriendo que lo había hecho a propósito para provocar a su prima. Como si fuera culpa suya haber sido detenida.

—Los caballos son de mi propiedad, igual que el resto de las cosas —le recordó ella—. ¿Por qué iba a llevarme un camión sin su permiso si sé que Candice está deseando hacerme una jugada?

—Y sabiendo que Candice está deseando hacerte una jugada, ignoraste el hecho de que podías haber usado uno de mis camiones y llevar los certificados de propiedad contigo antes de entrar en el Cuatro Ces —dijo él sin levantar la voz—. Y sabiendo que Candice está deseando hacerte una jugada, tú misma te metiste en la trampa sin pensar. Explícamelo, Hallie, si conoces tan bien a Candice, ¿por qué no tuviste más cuidado? A menos que quisieras provocarla, claro.

Wes no había levantado la voz, pero la acusación estaba clara, Hallie había cometido un error y él quería castigarla por ello.

La amabilidad y la comprensión que había creído ver en Wes habían desaparecido. Él había fingido esas cualidades para controlarla, pero después de su primer error, no se molestaba en seguir fingiendo. Hallie no podía evitar sentir amargura.

—Parece que lo tienes todo muy claro, Wes. No sé qué más puedo añadir —dijo por fin. Dudó un momento al ver el brillo de furia en los ojos del hombre, pero se obligó a sí misma a continuar —. ¿Y ahora qué?

—Y ahora quiero que me des una explicación.

Hallie apartó la mirada del hombre. Levantó la mano y, sintiendo una punzada de dolor, se quitó los anillos.

—¿Para qué? —murmuró, tirándoselos. Wes consiguió agarrar el anillo de compromiso, pero la alianza cayó sobre el edredón—. Lo único que tenemos que discutir ahora es si puedo dormir en una de

las habitaciones de invitados hasta que me marche mañana. A menos que prefieras que duerma en un hotel.

Wes levantó la mirada y su expresión era tan dura que sintió miedo.

Aquél era el Wes Lansing sin máscara. Estaba revelando la brutalidad que había mantenido escondida y ella parecía estar reviviendo la sorpresa al descubrir la auténtica cara de su abuelo. Hallie se dio cuenta de que había querido probar a Wes. Aunque estaba aterrorizada, tenía que saber quién era de verdad.

Un segundo después, Wes saltó de la cama y se colocó a su lado de una zancada. Había ocurrido tan rápido que ella sólo pudo dar un paso atrás.

—Prefieres tirarme estos anillos y dormir en un hotel antes que darme una explicación —dijo Wes con voz ronca.

—Sí —murmuró ella.

Hallie vio un brillo de percepción en los ojos de Wes.

—Muy bien, Hallie. Huye —murmuró él. Hallie tardó un momento en registrar aquellas palabras y un momento más para darse la vuelta, con las piernas temblorosas—. Pero no te atrevas a hacerme creer algo que no es verdad —la voz del hombre la dejó parada en la puerta—. Si me equivoco sobre lo que ha pasado, corrígeme.

—No sé si puedo… —Hallie apretó los dientes, intentando sostenerse. No sabía qué era peor, lo que había ocurrido con Hank, su arresto o el hecho de que Wes exigiera una explicación.

El silencio se alargó. Hallie se sentía tan conectada con aquel hombre que la observaba desde el otro lado de la habitación que podía sentir que su furia se disipaba.

Wes suspiró profundamente.

—Se me olvida lo que significa para ti ser una Corbett. Se me olvida que tienes una historia con ellos que yo no conozco, que hay emociones que pueden confundir las cosas —dijo en voz baja. Hallie miró al suelo, afectada por la calma que había en su voz, la paciencia, la comprensión—. Es importante para mí saber lo que ha pasado, Hallie. No quiero guardar estos anillos si no hay razón para que te los quites.

Wes le estaba dando una oportunidad y Hallie cerró los ojos, tan abrumada de gratitud que dudaba que pudiera emitir algún sonido.

Escuchó unos pasos tras ella y después sintió las grandes manos de él sobre sus hombros.

—El dormitorio es un sitio para la intimidad, para compartir secretos, para aprender a dejar que el otro sepa quién eres de una forma que nadie más conoce. Cuéntame lo que ha pasado, Hallie. Haz que entienda.

Hallie no podía controlar el nudo que tenía en la garganta. Le encantaba que Wes le hablase con aquella ternura. Y en ese momento se dio cuenta de que lo amaba. ¿Cómo si no podría explicar la confusión, las emociones que él le hacía sentir?

Wes estaba masajeando suavemente sus hombros y el placer que eso la hacía sentir hizo que se relajara un poco. Las manos del hombre se deslizaron por sus brazos.

Hallie se dio la vuelta sin pensar y Wes la llevó hasta uno de los sillones y se inclinó para quitarle las botas.

Un poco sorprendida, su primer impulso fue levantarse, pero Wes estaba demasiado cerca. Con una mano sujetaba el tacón de la bota y con la otra tiraba de ella.

—Algo que tienes que saber de mí es que tengo mucho carácter. Por eso he empezado esta conversación con mal pie. Lo siento. La próxima vez lo haré mejor —siguió diciendo él.

Hallie solo podía mirarlo, hipnotizada por la intensidad de sus ojos, por la naturalidad con la que le quitaba las botas. Era una demostración de cariño, como si hicieran aquello todos los días. Y se había disculpado. En aquel momento le gustaba más que nunca.

—Ese arresto no significa nada para mí además de las molestias que te ha causado. Pero estoy enfadado porque no me llamaste para pedir ayuda. Eso hizo que dudara de ti y no quiero dudar de mi mujer.

Hallie apartó la mirada. Las palabras de Wes hacían que creciera su anhelo de ser amada. Y cada vez que tenía un gesto amable o le hablaba como si ella significara algo para él, se convertía en el hombre ideal para amar.

—Candice estaba enfadada —empezó a decir. Después le explicó a Wes punto por punto lo que había pasado aquella mañana, incluyendo la conversación y los insultos de Candice—. Ella me dio permiso para usar el camión y creí que podría nacerlo yo sola. No quería hacer nada que te avergonzara. Lo siento, Wes.

—No me has avergonzado. Es Candice la que acabará avergonzándose a sí misma —dijo él, tomando su mano—. ¿Qué ocurrió con Hank para que Candice estuviera tan enfadada?

Hallie quería contárselo, pero no estaba segura de poder hacerlo. Wes acarició su mano y esperó.

Haciendo un esfuerzo para sobrellevar el dolor, Hallie empezó a contárselo y, cuando terminó el relato, respiró profundamente, asombrada de haberse quitado un peso del corazón. Por primera vez en su vida, sentía que estaba compartiendo una carga con alguien que podía ayudarla.

—Nunca formaría parte de un plan que pudiera hacerte daño —dijo con sinceridad. Pero seguía viendo a su abuelo como un hombre poderoso. Y la combinación de poder y maldad la preocupaban. El hecho de que a Hank le diera igual la ley o el juego limpio hacía que su ansiedad fuera en aumento—. No sé cuáles son los planes de mi abuelo y no quiero hacerte daño, Wes.

Él la miró durante unos segundos sin decir nada.

—¿Sigues siendo leal a mí, Hallie?

—Sí.

—Entonces Hank Corbett no puede hacerme daño.

Su confianza en ella la abrumaba, pero también la hacía sentir culpable.

—Cuando Hank se dé cuenta de que no puede utilizarme, me borrará de su testamento —dijo Hallie, apretando su mano—. Y lo siento mucho. Quería que consiguieras esas tierras.

Wes también apretó su mano.

—No será el fin del mundo si no las consigo. Tengo treinta mil acres de tierra y más dinero del que necesitaré nunca. Y una esposa. Excepto una casa llena de niños, creo que tengo mucho más de lo que cualquier hombre puede esperar en la vida.

«Una esposa». Él había incluido aquello en la lista de cosas que lo hacían feliz. «Excepto una casa llena de niños…». Aquellas palabras habían hecho que se le parase el corazón durante un segundo, que anhelase algo que no se atrevía a anhelar. Wes Lansing era un hombre galante y era lógico que dijera aquellas cosas. Pero aunque eran maravillosas, Hallie no se atrevía a creerlas.

—Si no te importa, me gustaría darme una ducha. Estoy cansada

—murmuró Hallie, sin mirarlo. Habían resuelto el problema, pero necesitaba distanciarse de él.

—Yo tengo trabajo que hacer. Volveré más tarde.

Ella se levantó sin decir nada y entró en el cuarto de baño.

Hallie estaba tumbada en la cama mientras escuchaba el sonido de la ducha. Se suponía que las confesiones eran buenas para el alma y debían serlo porque cuando apoyó la cabeza en la almohada se sintió en paz. Había conseguido recuperar algo con Wes que creía haber perdido.

Intentaba no pensar en el hecho de que él no le hubiera devuelto los anillos. Pero quizá no se merecía que se los devolviera después de cómo se los había tirado.

Aquello era un recordatorio de que estaba fuera de su elemento. Hallie entendía a los animales, entendía la naturaleza y era muy competente trabajando en el rancho, pero las relaciones humanas eran difíciles para ella. Especialmente, su matrimonio con Wes. La frágil paz que había conseguido empezó a desaparecer en ese momento.

¿Las cosas que Wes había dicho sobre su matrimonio y su mujer serían tan importantes para él como le había parecido o sólo lo habría imaginado? Hallie era muy vulnerable y sabía que quizá ella les daba un significado que Wes no había pretendido. La turbaba que él le hiciera anhelar cosas que nunca antes había anhelado.

El sonido de la ducha había cesado y Hallie sintió que la tensión aumentaba. Parecía que había pasado una vida entera desde la noche anterior. Las cosas habían cambiado entre ellos, pero ¿qué ocurriría aquella noche? ¿Qué esperaría Wes?

¿Y si no esperaba nada? ¿Y si se metía en la cama, apagaba la luz y se daba la vuelta? Hallie deseaba mucho más que eso y se sentiría herida. Pero ¿qué ocurriría si él buscase intimidad?

Para Hallie, los mecanismos de la intimidad y el sexo no iban más allá de los detalles clínicos que había estudiado en el instituto. Había crecido en un rancho y había visto a los animales, pero los animales actuaban por instinto sin la complicación de las emociones humanas.

Nunca nadie la había besado antes que Wes y quizá sus besos habían sido tan poco interesantes que él no estaría interesado en enseñarla. Y si no estaba interesado en enseñarla a besar,

probablemente no esperaría nada más de ella.

Entonces, ¿por qué le decía cosas como «si decidimos divorciamos»? ¿Por qué le había dicho que se había sentido inmediatamente atraído cuando la había visto, que eso había influido en su decisión de aceptar el trato? ¿Por qué iba a desear seguir casado con una mujer que no lo excitaba sexualmente?

Sus especulaciones se disiparon cuando se abrió la puerta del cuarto de baño. Hallie cerró los ojos, esperando que Wes la creyera dormida. Quizá el hecho de que estuviera dormida le ahorraría las expectativas que él pudiera tener de una esposa. Expectativas que Hallie temía no poder cumplir.

Wes se tumbó a su lado, pero en lugar de apagar la luz, se volvió hacia ella. Hallie podía sentir el calor de su cuerpo.

—¿Duermes o sólo estás fingiendo? —susurró. Hallie se dio cuenta de que no lo había engañado y, cuando abrió los ojos, encontró la cara del hombre sobre la suya. Wes acarició su mejilla y el placer de aquella caricia hizo que ella cerrara los ojos—. Durante todos estos años hemos vivido cada uno a un lado de la verja. Somos los descendientes de una vieja pelea y nunca habríamos imaginado que estaríamos tumbados aquí, como marido y mujer.

Wes levantó su mano izquierda y se la mostró. Se había puesto los anillos en el meñique. Eran tan pequeños para él que apenas pasaban de la primera falange. En silencio, se los quitó y tomó la mano de Hallie para volver a ponérselos.

—No quiero que te los quites nunca.

No lo había dicho con brusquedad y, aunque era una orden de un hombre acostumbrado a salirse con la suya, Hallie no replicó.

¿Por qué se sentía tan aliviada al tener puestos los anillos de nuevo? ¿Tan desesperada estaba por pertenecerle a un hombre? Cuando miró a Wes de nuevo se dio cuenta de que él era el único hombre al que quería pertenecer. Y no pudo evitar sentir un escalofrío de terror.

Cuando se inclinó hacia ella, Hallie sintió que se quedaba sin aliento. El roce de la boca del hombre sobre la suya al principio fue tentativo, después burlón. Le estaba pidiendo que respondiera y cuando lo hizo, Wes le regaló las caricias de su lengua. Hallie se sentía como una mujer nueva y, sin pensar, rodeó el cuello del hombre con los brazos.

Su torso desnudo emitía un calor que la traspasaba y empezó a explorarlo como si sus dedos tuvieran vida propia, anhelando desesperadamente acariciar su piel, sus músculos…

Sentía los dedos del hombre acariciando su garganta y después desabrochando los botones de su camisón. Hallie tembló cuando sintió que él apartaba la tela y casi dio un salto cuando Wes acarició su pecho.

Wes incrementó la intensidad de sus besos hasta que Hallie empezó a derretirse. Cuando deslizó los labios por su cuello y más abajo, hasta su pecho, ella había perdido la cabeza. Wes cerró los labios sobre la endurecida punta de uno de ellos y chupó suavemente. Hallie lanzó un gemido y enredó los dedos en su pelo, rendida.

Su cuerpo había dejado de ser suyo, le pertenecía a Wes y él orquestaba cada movimiento y cada gemido. La abrumaba con aquellas delicias desconocidas y hacía que olvidase sus miedos. Hallie solo podía sentir, sólo quería sentir.

El anhelo de encontrar alguna forma de satisfacer el ansia desesperada que estaban creando sus caricias barrió todos los obstáculos. Incluso cuando él se colocó sobre ella, enfebrecido, Hallie estaba tan enloquecida con los placeres de la intimidad sexual y la conexión que había entre ellos que apenas sintió el dolor.

Wes debería haber permitido que Hallie siguiera siendo virgen. Su mundo estaba patas arriba y ella seguía confusa por los cambios. Incluso si no hubiera vivido una vida de reclusa en el rancho de su abuelo, habría sido demasiado pronto para la intimidad entre los dos.

Wes se enorgullecía de su control sexual, pero los besos que había esperado lo acercasen a Hallie habían hecho que llegaran a un punto sin retorno. El la abrumaba y ella no tenía experiencia para resistirse y mucho menos para apartarlo cuando estaba enardecido.

Una mujer que había sido maltratada durante toda su vida odiaría que se aprovecharan de ella. Y eso era lo que él había hecho. La había besado hasta romper su resistencia y una vez hecho eso, Wes había perdido la cabeza.

Su parte primitiva había querido que ocurriera, había querido

marcarla como suya, poseerla. Hallie le había jurado lealtad, pero su lazo con los Corbett seguía siendo muy fuerte. Hank y Candice eran suficientemente listos como para confundir sus lealtades, a pesar de lo que habían hecho con ella.

Consumar su matrimonio los había unido definitivamente, pero era mucho más importante para Hallie porque apenas había recibido afecto durante toda su vida.

Debería haber permitido que siguiera siendo virgen, pero mientras estaba tumbado sintiendo el suave peso del cuerpo femenino sobre su pecho, recordaba cómo lo había hecho sentir y cómo Hallie había respondido ella a sus caricias. El recuerdo era tan vivido que su parte primitiva se alegraba de haberle hecho el amor.

# Capítulo 8

Durmieron hasta las siete de la mañana y Hallie fue la primera en despertarse. Una vez pasada la sorpresa de encontrarse entre los brazos de Wes, se dio cuenta de que él la abrazaba como si no quisiera soltarla nunca. Sus facciones estaban relajadas. Tenía sombra de barba y Hallie recordó el inesperado placer de verlo afeitándose la mañana anterior.

Placer. Era una palabra que Hallie asociaba con el agua helada en un día de calor, o aquellos primeros minutos cuando se metía en la cama agotada y notaba cómo sus músculos iban relajándose entre las sábanas. Siempre había disfrutado del placer de montar un buen caballo, el placer de un atardecer o una noche de verano.

Pero el placer de un hombre, el placer de aquel hombre, hacía que los modestos placeres que hasta entonces había disfrutado fueran fragmentos del placer que la esperaba: un placer profundo, un placer sensual, un placer tan perfecto y significativo que la abrumaba. Y había otros placeres, como ver a Wes afeitarse, tocar su cuerpo, mirarlo, estar tumbada a su lado escuchando el murmullo ronco de su voz…

¿Cómo podría vivir sin el placer que le ofrecía aquel hombre? ¿Cómo podría vivir sin él?

Había sabido desde el principio que aquel matrimonio no duraría. No tendría razón de ser una vez que su abuelo muriese. ¿Sería posible que después de lo que había ocurrido entre ellos Wes la dejara ir?

Hallie no pudo evitar restregar la cara contra el pecho

masculino, como un gatito rogando que le hiciera un sitio en su vida.

Aquella patética imagen la avergonzó, pero no podía dejar de explorarlo con los dedos. Hallie gozaba de aquel contacto humano de una forma que nunca antes se había permitido.

Pero sólo porque Wes estaba dormido. Cuando se despertara, se apartaría. No podía soportar la idea de enfrentarse con él después de lo que había ocurrido la noche anterior. ¿Cómo se comportaría por la mañana? ¿Habría cambiado algo para él?

Hallie había cambiado. Irrevocablemente. Su orgullo le decía que no debía mostrarle el profundo afecto que sentía por él, un afecto que la hacia desear tocarlo y acariciado. Un afecto que la hacía desear aprender todo lo que pudiera sobre él y ser su compañera, su amiga. Compartir su vida, mejorarla si pudiera, hacer realidad sus deseos fueran los que fueran y, sobre todo, darle placer.

Aquellos tontos pensamientos eran la prueba de su ignorancia y su ingenuidad. ¿Qué podría darle ella a un hombre como Wes Lansing? Hallie lo ignoraba todo sobre las relaciones sexuales, no sabía cómo hacer cosas que un hombre como Wes exigiría de su esposa. Él era demasiado inteligente y experimentado como para encontrar la felicidad con una mujer cargada con más problemas emocionales de los que cualquier hombre podría soportar. ¿Qué podría ser para él más que una carga?

Hallie estaba tan distraída con aquellos pensamientos que cuando Wes apretó su mano se sobresaltó.

—No pares —susurró con voz ronca—. Tienes unas manos preciosas, Hallie. Me gusta mirarlas.

—Tengo callos —murmuró ella, avergonzada. Wes inspeccionó sus manos, como buscando algún fallo.

—Pero no son las manos de una mujer desocupada. Tienes unas manos interesantes, una manos suaves que calman y excitan. Son casi mágicas —sonrió Wes—. Un poeta tendría muchas cosas que decir sobre ellas.

—Gracias —fue todo lo que Hallie pudo decir. No pudo evitar soltar su mano para acariciar la cara del hombre y tampoco pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Buenos días, esposa —murmuró Wes, colocándola sobre él—.

Bésame, Hallie.

—Yo…

—¿Qué pasa? ¿Me huele el aliento? —rió Wes, haciéndole cosquillas. Hallie intentó apartarse, riendo. Un brillo de descubrimiento brillaba en los ojos del hombre—. Y además tienes cosquillas. Me encanta.

Wes volvió a hacerle cosquillas, haciéndola reír de una forma tan espontánea y liberadora que Hallie no pudo parar hasta que los labios del hombre sellaron la risa en su garganta. La alegría que habían compartido se convirtió en deseo. Las risas, en suaves gemidos de placer. La pasión los hizo olvidar todo lo demás.

—Te has puesto colorada tantas veces esta mañana que me pregunto si deberías ir a tomarte la tensión —dijo Wes, mientras tomaban café en el porche trasero de la casa—. No te preocupes, no hemos escandalizado a Marie y Dora. Si lo hubiéramos hecho aquí fuera, delante de ellas, eso sí habría sido un escándalo —añadió, con un brillo travieso en los ojos. Wes seguía de buen humor y Hallie lo encontraba irresistible. No podía evitar sentir alegría al ser el blanco de sus bromas, porque eran tan afectuosas que su corazón se hinchaba de felicidad. El cielo nunca le había parecido tan azul ni el sol tan brillante—. ¿Recuerdas los potros de los que te hablé ayer?

—Sí —sonrió Hallie. Se sentía cómoda hablando de trabajo, casi más cómoda que con aquella sobredosis de emoción.

—Me gustaría enseñártelos. A menos que prefieras ir de compras a San Antonio o escaparte conmigo a alguna isla tropical —dijo él, mirándola con intensidad—. Y lo digo en serio, Hallie. Te llevaría a cualquier sitio en este planeta y haría cualquier cosa que quisieras hacer. Pero tienes que dormir conmigo, piel con piel —añadió. La oferta y la orden, y estaba segura de que ambas eran en serio, la tomaron por sorpresa. Wes debió notarlo en su cara—. Me gusta saber que te dejo sin aliento fuera y dentro de la cama. Me encanta, cariño.

Hallie se puso tan colorada aquella vez que Wes soltó una carcajada.

Aquel día fue diferente a cualquier otro en la vida de Hallie. Wes lo hacía diferente. Si había un marido más generoso y paciente o más afectuoso, ella no podía imaginarlo.

Wes compartía su idea de que a los potros había que domarlos con cariño y paciencia, en lugar de hacerlo con mano dura, y eso la acercaba más a él.

—¿Has leído alguna vez el libro de Monte Roberts sobre cómo hablar con los caballos? —le había preguntado. Hallie negó con la cabeza—. Voy a mostrártelo.

Hallie se quedó apoyada en la verja, observando fascinada cómo Wes hablaba al oído del animal. Lo enseñaba a moverse, a inclinarse para que le pusieran la silla, esperando que el potro entendiera el mensaje y le dijera cuándo estaba preparado. Y la respuesta equina era más rápida, más eficiente que nunca. Aquél era un nuevo lenguaje, un método nuevo de comunicación entre el hombre y el animal y, sin embargo, el método de comunicación no era nuevo, le explicó Wes. Los caballos siempre habían hablado.

Hallie había trabajado con caballos toda su vida, pero aquello era una revelación. Media hora más tarde, el joven potro permitía que Wes lo montara y trotaba en círculos por el corral.

—¿Habías entrenado antes a ese potro? —le preguntó Hallie.

—Lleva cuatro días en el prado y sólo ha visto a los peones de lejos.

—¿Y ese método funciona con cualquier caballo?

—En mi experiencia, funciona casi siempre, pero es más difícil con un caballo que ha sido maltratado —contestó Wes, haciéndole una seña al peón para que llevara otro potro al corral—. ¿Quieres probar tú o prefieres mirar?

—Por ahora, prefiero mirar.

Mientras observaba a Wes entrenar al nuevo potro, Hallie se dio cuenta de que estaba ocurriendo algo importante, algo humano. Wes acariciaba al animal, diciéndole palabras cariñosas, y la admiración que sentía por él crecía cada vez más. La asombraba haber pensado que Wes podría tener un lado violento o malvado y se sentía culpable por haber dudado de él.

Dos horas más tarde volvieron paseando hacia la casa para comer. Dora había puesto la mesa en el porche, con ensalada de pasta y *sandwiches* de pavo.

—No he visto el periódico esta mañana —dijo Hallie cuando se sentaron.

—Dora y Marie tenían orden de esconderlo.

—Entonces, han publicado la noticia de la detención —murmuró ella, con tristeza. Aquel día había sido tan perfecto que volver a la realidad era como una patada en el estómago—. ¿Qué decía el artículo?

—Una vez pasado el titular, era un artículo más o menos correcto. Hablaba de la enemistad entre las dos familias, pero también decía que los cargos eran falsos —contestó él con una sonrisa—. Y otra cosa que yo no sabía. Parece que están pensando en presentar cargos contra Candice. No creo que lleguen a hacerlo, pero quizá tu prima se lo piense dos veces antes de volver a hacerte una jugarreta como ésa —añadió, estudiando la expresión de Hallie —. Tienes que recordar que la gente tiene una opinión negativa sobre los Corbett, de modo que la denuncia de Candice te convierte a ti en la buena. No te preocupes.

Hallie lo miró, sorprendida de que se lo tomara tan a la ligera.

—¿Y tú? Aunque los cargos son falsos, recuerda que me detuvieron.

—Si hubiera sido una simple pelea entre primas como yo había creído en un principio, estaría molesto. Pero no hay nada simple en tus relaciones con la familia Corbett. Y no pienso volver a dejarte a solas con esa Candice.

Wes había usado un tono firme, pero cariñoso a la vez, y Hallie no se sintió molesta. Todo lo contrario.

Pero la inseguridad que la había acompañado durante toda la vida se despertó. La esposa de Wes Lansing debería ser una mujer que lo mereciera y ella temía no serlo.

El teléfono empezó a sonar y Marie apareció en el porche unos segundos después.

—¿Señora Lansing? Era el señor Corbett. Le he dicho que estaban comiendo y me ha dicho que lo llame cuando pueda.

—Gracias, Marie —dijo Hallie, esperando que Marie se retirase —. No sé si quiero hablar con él.

—¿Por qué no?

—Pasa algo raro. Hank nunca llama personalmente.

—Probablemente ha leído los periódicos —murmuró Wes—. Candice podría haber intentado que no los leyera, dada su condición —añadió, con expresión de disgusto.

—Candice está intentando conseguir el rancho. Y no cree que

Hank se está muriendo. Wes se quedó pensativo.

—¿Es posible que tu abuelo esté enfadado con ella por lo que te hizo ayer?

—Lo único que Hank critica de Candice es que no le gusta el rancho —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Si me elogió por casarme contigo para conseguirlo, seguro que aprueba lo que me hizo Candice.

—Lo que hizo tu prima no tiene nada que ver con quién heredará el rancho. No fue más que una venganza. Tú te casaste sin decirle nada a Hank para asegurar que heredarías el Cuatro Ces…

—Y un matrimonio no es una vergüenza pública —terminó ella la frase—. Pero que arrestasen a una Corbett, sí.

Wes sonrió.

—Puede que el viejo piense que Candice le va a estropear los planes. Si de verdad quiere utilizarte, no querrá ver en peligro tu relación conmigo. Puede que ahora estés en mejor posición frente a tu abuelo que nunca.

—¿Tú crees?

—Puede que Hank esté deseando hablar contigo para decirte que él no tuvo nada que ver con la detención. Pero, haga lo que haga, Candice se pondrá celosa —contestó Wes—. Así que no saldrás de este rancho sin mí. Tu prima sería capaz de cualquier cosa —añadió, pensativo—. Candice está enferma. Si tú no hubieras sido el blanco de su veneno durante todos estos años, lo habría sido cualquier otra persona. No es que tú te lo merezcas, Hallie.

—Debería haberme enfrentado con ellos hace muchos años.

—¿Cómo? Sólo eras una niña. Si te hubieras enfrentado con ella, habrías terminado en un orfanato.

Hallie negó con la cabeza.

—Debería haberme marchado cuando cumplí los dieciocho.

—Pero entonces amabas ese rancho. Y tú misma has dicho que no podías marcharte y dejar que Candice lo heredase junto con todo lo demás. Quedarte te daba la oportunidad de conseguir que se hiciera justicia.

—Mi gran oportunidad —dijo ella, con amargura—. Menos mal que no fuimos a un casino cuando estábamos en Las Vegas. Me habría dado cuenta de que soy una jugadora de la peor clase, de las que siempre pierden.

—No seas dura contigo misma, Hallie. Si amas el Cuatro Ces como yo amo el Espino Rojo, habrías soportado cualquier cosa.

Todo lo que él decía era generoso, reconfortante, consolador. Wes la entendía y entendía a la familia con la que había crecido.

Su falta de crítica era tranquilizadora, pero Hallie tenía sus dudas. Ella también era responsable por la vida que había llevado y no podía ser tan magnánima consigo misma. Cualquiera con mejor instinto de supervivencia habría escapado corriendo de los Corbett. Ella había sido parte de esa enfermedad crónica de Hank y Candice. Unos días alejada de ellos dejaba eso brutalmente claro.

—Llamar a Hank o no ya no es sólo elección mía. También es elección tuya, por las tierras.

—Ya te he dicho que tengo más de lo que necesitaré nunca. Decide lo que quieres hacer sin pensar en ello, Hallie.

Ella lo miró, buscando una minúscula señal de que sólo estaba siendo galante.

—Durante días he tomado decisiones que no han salido exactamente como yo esperaba —murmuró. Su sentimiento de fracaso e incompetencia la hacían confesar aquello.

—Quizá no deberías haber tenido que enfrentarte con esas decisiones, Hallie. Ni siquiera yo tenía derecho a obligarte a ello. Quizá esta vez no tengas que saltar cuando tu abuelo chasca los dedos. Quizá puedes esperar hasta que terminemos de comer.

Hallie apartó la mirada para que él no viera que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Wes seguía confundiéndola y tenía miedo de no ser suficientemente buena para él, pero aquel hombre le daba tal sensación de paz y bienestar que no quería alejarse nunca de su lado.

Hallie dejó un mensaje en el hospital para Hank. Lo llamaría más tarde. Si Wes tenía razón, su abuelo estaría preocupado por cómo iban las cosas entre ellos después de la detención y eso significaba que tenía sobre él cierto poder.

Y aunque ella no deseaba poder, sabía que haciéndolo esperar su abuelo la respetaría un poco más.

Después de comer, Wes le enseñó los programas de ordenador que usaba en el rancho. La confesión de Hallie de no haber usado nunca un ordenador los mantuvo toda la tarde frente a la pantalla.

Habían perdido la noción del tiempo y los dos se sobresaltaron

cuando Dora entró para anunciar la cena. Hallie había decidido ir a ver a su abuelo por la noche y, una vez en la autopista, empezó a ponerse tensa. Pero la presencia de Wes le daba una confianza que nunca había sentido antes.

—¿Lansing se lo ha tomado mal? —preguntó Hank, aparentemente preocupado.

—¿Tú qué crees? —dijo Hallie. Era una forma de no decirle la verdad, pero también una forma de evitar un enfrentamiento. Su abuelo tenía peor aspecto que el día anterior y habían tenido que volver a ponerle oxígeno.

Hank pensaría que las ventajas potenciales de su matrimonio con Wes Lansing se habían perdido y Hallie se preparaba para ese momento, cuando su abuelo la descartara como había hecho siempre.

—¿Crees que una disculpa personal por mi parte cambiaría algo?

Ella sabía que aquella disculpa sería una falsedad, que sólo era para que Wes bajase la guardia. Pero su abuelo no conocía a Wes.

De repente, Hallie vio algo más en el tirano que la había intimidado durante toda su vida. Comparado con Wes, Hank era un hombre patético, corto de miras, tan espiritualmente arruinado y egoísta que, para ella, había perdido parte de su poder. Hank Corbett nunca le había parecido tan ciego.

—¿Me has oído? Te he preguntado si una disculpa mía cambiaría algo —insistió él, con su característica brusquedad.

Hallie lo miró sin inmutarse por primera vez en su vida.

—Es interesante que te preocupe tanto disculparte con Wes cuando no te has disculpado conmigo. ¿Tan seguro estás de mí? ¿O el orgullo te impide caer tan bajo?

Hank la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Yo no tuve nada que ver con lo que hizo Candice —dijo el hombre, sin mirarla. Estaba claro que no iba a esforzarse demasiado por complacerla.

—Si no me debes una disculpa a mí, ¿por qué quieres disculparte con Wes? —preguntó Hallie. Hank no contestó—. Tengo que irme. Wes me está esperando.

—¿No vas a darle un beso a tu abuelo? Era una frase fría y calculadora y Hallie sintió asco.

—No —contestó con sequedad, y salió de la habitación.

Una vez fuera, buscó a Wes con la mirada. Él estaba apoyado en la pared al final del pasillo y se incorporó al verla, estudiando su expresión.

—¿Estás bien? —preguntó, tomándola por la cintura.

—Sí —contestó ella.

Y era cierto. Había mantenido la dignidad y la distancia con su abuelo por primera vez. Se había enfrentado con él de una forma que no lamentaba.

Y aunque nada hubiera cambiado para Hank, algo había cambiado definitivamente para ella.

## Capítulo 9

La noche era sofocante, pero un ligero escalofrío recorrió el cuerpo de Hallie mientras caminaban de la mano hacia el coche, haciéndola sentir el anhelo de lo que sólo podía ser deseado.

Cuando él abrió la puerta del coche, estaba temblando. La anticipación la hacía sentir inquieta y un poco avergonzada. Había conseguido olvidar durante el día el recuerdo de la noche anterior, pero en aquel momento los recuerdos eran tan abrumadores que el deseo la confundía. ¿Sería algo natural?, se preguntaba. ¿Sentiría él lo mismo? El deseo sexual que tan nuevo era para ella no sería algo nuevo para un hombre tan experimentado como Wes.

—¿Qué quieres hacer, Hallie? El sonido ronco de su voz volvió a enviar un escalofrío por todo su cuerpo.

—Nada —contestó, sin pensar.

—¿Una novia reciente que no desea hacer nada? —sonrió él.

Wes estaba bromeando, invitándola a jugar.

Hallie sintió una ola de emoción y deseo al mirarlo, fascinada por la masculinidad que emanaba de él.

Amaba a Wes profundamente. Cada segundo que pasaba con él la liberaba un poco más de una existencia de la que nunca había creído poder librarse porque no estaba segura de que hubiera algo diferente. El instinto le decía que sólo estaba empezando a sentir el impacto que Wes Lansing podía ejercer en ella.

La abrumadora necesidad de abrazarlo, de convencerlo para que la dejara quedarse con él, de persuadirlo para que la amara casi la hacía temblar. Pero tenía que guardarse sus sentimientos para ella

misma, no podía arriesgarse a un rechazo.

—Ven aquí, Hallie. Quiero contarte un secreto —susurró Wes, golpeándose el muslo. Hallie lo miró, atónita—. Ven aquí, cariño —insistió al ver que ella dudaba.

La última frase era como un hilo invisible que tiraba de ella y Hallie se apretó contra él. Wes le puso una mano alrededor de la cintura y, con la otra, tomó un mechón de pelo entre sus dedos, sin dejar de mirarla. Hallie tampoco podía dejar de hacerlo; sus ojos la mantenían prisionera.

—Un marido y su mujer tienen derecho a disfrutar el uno del otro —murmuró Wes, con voz seductora—. Y eso significa besos, abrazos… y sexo. Quiero tocarte cada vez que lo desee y espero que tú me toques cuando quieras. Una caricia tuya siempre será bienvenida, Hallie. Y espero que las mías lo sean también.

La seriedad de sus palabras rompió algo dentro de ella y Hallie rodeó el cuello del hombre con los brazos; los ojos llenos de lágrimas. Wes la abrazó con fuerza y empezó a besar sus hombros, quemándola, haciéndola sentir que dejaba una marca en su piel.

Tardaron tanto tiempo en controlar sus emociones que Hallie temió no poder hacerlo. Cuando por fin lo consiguió, se apartó unos centímetros para mirar la cara de Wes. Observó sus ojos oscuros, sin querer creer que en ellos había una clara invitación, abrumada cuando sintió que se apretaba aún más contra el cuerpo del hombre.

Sus ojos se cerraron en cuanto puso los labios sobre los de Wes. Saber que había sido ella la que había tomado la iniciativa la hacía sentirse excitada. La necesidad de saborear sus labios, de apretar su boca contra la del hombre era demasiado fuerte.

Guiada por el instinto, Hallie se dejó llevar por una pasión y una carnalidad que nunca había creído poseer. Cuando Wes respondió con la misma pasión, el poco miedo que le quedaba desapareció como por ensalmo. Sólo cuando los dos se quedaron sin aliento consiguieron apartarse, pero Wes siguió besando ansiosamente su cara y sus ojos.

—Te quiero en la cama —murmuró él entonces, con la voz ronca por la pasión—. Ahora. Ahora mismo. No sé por qué demonios el Espino Rojo tiene que estar tan lejos de la ciudad —añadió, irritado. Hallie se echó a reír—. Te hace gracia, ¿no? Pues voy a darte algo que te haga reír de verdad, señora Lansing —rió él a su vez,

arrancando el coche—. Te lo prometo.

Wes se saltó todos los límites de velocidad para llegar al Espino Rojo y ni siquiera habían llegado a la habitación cuando empezó a desabrochar los botones de su blusa mientras la besaba vorazmente en el cuello. Antes de dejarla desnuda por completo en la escalera, la tomó en brazos y la llevó a la habitación, cerrando la puerta de una patada.

Aquella noche apenas durmieron. Y por primera vez en muchos años, Hallie lloró. Pero no sentía vergüenza de las lágrimas, porque sabía que no eran de dolor sino de felicidad.

Y en algún momento, al amanecer, cuando se quedaron dormidos uno en brazos del otro, Hank Corbett falleció.

El funeral de Hank no fue tan lujoso como podría haberse esperado de un hombre tan poderoso como él, pero sí lo suficiente como para mantener las apariencias. Para ella estaba claro en cuanto entró en la iglesia que la gente no había acudido por cariño sino por obligación o por curiosidad.

Hallie había insistido en que Wes y ella no se sentasen en la primera fila con Candice. Había pensado no acudir al funeral, pero al fin y al cabo Hank Corbett era su abuelo.

En el cementerio se quedaron también un poco atrás, cerca de la tumba de su madre, que había muerto cuando Hallie tenía cinco años.

Wes apretó su brazo y ella lo miró. Llevaba uno de los vestidos que había comprado en Las Vegas. Era de color amarillo y caía graciosamente sobre sus rodillas. Desde luego, no era un traje de luto, pero ella se había vestido para Wes, no para mostrar un dolor que no sentía.

Wes estaba muy guapo con un traje negro y un Stetson gris. Su aspecto era primitivo y masculino, pero el inmaculado traje le daba un aspecto civilizado, una elegancia que contrastaba atractivamente con sus facciones.

Lo amaba. Profunda, desesperadamente.

Pero él no le había hecho el amor desde que Hank había muerto tres días atrás. La tocaba a menudo, compartían algunos besos, pero lo que ella había creído en un principio consideración por la muerte de Hank empezaba a parecerle una distancia que era el preludio de la separación. Wes no había vuelto a llamarla «su mujer» y no había

dicho las palabras que ella tanto deseaba oír: «te quiero». Aunque ella tampoco las había pronunciado.

Hallie solía ir a montar a caballo sola, pensando en Hank, el hombre que la había criado, intentando buscar algo bueno en él. Imaginaba que su deseo de estar sola era una forma de dolor, pero más por el abuelo que nunca había tenido que por haber perdido a Hank Corbett.

Y durante aquellos solitarios paseos, Hallie se dio cuenta de que perder el rancho de su abuelo ya no significaba nada para ella. Había algo que le dolía infinitamente más que perder un pedazo de tierra.

Había sabido que su matrimonio no duraría. Y aunque tuviera que divorciarse, se marcharía del Espino Rojo siendo una mujer diferente. Se sentía agradecida por ello, pero al final sabía que nada podría compararse con el dolor de perder a Wes.

El testamento de Hank sería leído el día después del funeral. Hallie temía aquel momento, pero el abogado de su abuelo la había advertido de que su presencia era necesaria.

Cuando llegaron al despacho, Wes y Hallie fueron conducidos hasta una oficina donde los esperaba Candice. Iba de luto de la cabeza a los pies; incluso llevaba un velo que cubría su cara.

Hallie se había puesto un sencillo vestido blanco porque le había parecido el más discreto de los que había comprado. Nadie podría haber dejado de notar el contraste entre las dos primas y sospechaba que cualquiera que las viera pensaría que ella era la mala. Pero Hallie no quería dar la impresión de que estaba de luto por Hank porque no era cierto.

Candice parecía traumatizada por la muerte de su abuelo y Hallie casi sintió pena… hasta que vio el brillo de odio que había en sus ojos.

El abogado de Hank organizó los papeles que tenía frente a él y señaló que estaba a punto de empezar la lectura.

Hallie escuchó la relación de bienes que dejaba a sus primos lejanos. No había sido generoso, como no lo sería con ella, estaba segura.

—Y a mi nieta, Hallie Corbett Lansing, le dejo el rancho Cuatro Ces…

La exclamación furiosa de Candice se mezcló con una expresión

de sorpresa por parte de Hallie. Pero lo que el abogado estaba leyendo después, hizo que todos prestaran atención. Candice debía abandonar el rancho siete días después, llevándose sólo sus objetos personales.

Aquél era un claro mensaje de desaprobación por el desprecio de Candice hacia un rancho que había sido el legado de la familia Corbett durante generaciones.

Hallie miró a su prima, que se había quedado pálida. Cuando Candice le devolvió la mirada, el odio que destilaban sus ojos era tan profundo que sintió escalofríos.

—… Hallie Corbett Lansing también recibirá la mitad de todas mis posesiones —siguió el abogado—. La otra mitad será para mi nieta, Candice Renee Corbett.

Aquella vez, Hallie no pudo mirar a su prima. No daba crédito a la cantidad de dinero que acababa de heredar y al hecho de que Candice hubiera recibido mucho menos que ella.

Su abuelo debía haber vuelto a redactar el testamento para castigar a su prima, pero Hallie estaba segura de que lo habría vuelto a cambiar una vez que Candice estuviera de nuevo bajo su control. La ironía era que Hank no había podido controlar el momento de su muerte.

El abogado se levantó entonces y les pidió a ambas que firmaran los documentos. Una vez hecho, Hallie salió de la oficina, atónita y aliviada a la vez. Estaba temblando y agradecía el apoyo de Wes. Casi habían llegado al ascensor cuando Candice se colocó frente a ellos, impidiéndoles el paso. Estaba tan cerca que Hallie podía ver el brillo letal de sus ojos azules a través del velo.

—¡Nunca conseguirás quedarte con el rancho! ¡No tienes derecho! —le espetó venenosamente.

—Puede impugnar el testamento, señorita Corbett —dijo Wes tranquilamente—. Y ahora, tendrá que perdonarnos, pero…

—Mírate, Hallie —siguió Candice, sin preocuparse por estar llamando la atención—. Tu matrimonio es una mentira. Ni esa ropa, ni el maquillaje, ni el apellido Lansing pueden cambiar el hecho de que eres una basura y que nunca habrías conseguido conquistar a un hombre sin tener que sobornarlo.

—Señorita Corbett, está usted muy alterada. Lo mejor será que busque a alguien que la lleve a casa —replicó Wes con toda

tranquilidad—. Buenos días.

Wes empujó a Hallie dentro del ascensor y bajaron sin decir nada hasta el aparcamiento, pero Hallie seguía sintiendo el odio de su prima cuando entraron en el coche.

Hicieron el viaje hasta el Espino Rojo en silencio, como si Wes entendiera que ella necesitaba tiempo para absorber todo lo que había pasado.

Hallie tenía derecho a aquel rancho por su nacimiento y, además, lo merecía porque lo amaba. Pero Candice había sido la nieta favorita de Hank y tenía tanto derecho como ella.

—Me parece que necesito un abogado.

—¿Crees que Candice impugnará el testamento?

—Antes de que lo intente, prefiero hacerle una oferta.

—¿Qué clase de oferta?

—Todo menos el rancho.

—Ese dinero es seguridad, Hallie. Tendrás que pagar impuestos de herencia. El Cuatro Ces va bien por ahora, pero no se puede predecir el futuro. Tienes empleados a los que pagar y el mercado es muy volátil —dijo Wes, apartando los ojos de la carretera durante unos segundos—. Te han tratado como a un pariente pobre durante toda tu vida. Peor que a un pariente pobre. Pero el ratónenlo ha heredado la parte del león —siguió él, tomando su mano—. No hagas nada de forma precipitada. Tómate un tiempo para ver lo que ocurre. Espera a ver lo que te ofrece el futuro.

Hallie puso su mano sobre la del hombre. Cada roce era precioso para ella, particularmente porque llevaban varios días sin compartir la intimidad. Quizá debería escucharlo, pensaba. Pero, de repente, tuvo miedo de que hubiera algún otro mensaje en aquel consejo.

«Espera a ver lo que te ofrece el futuro». Las palabras helaron su corazón. Era un consejo prudente, pero Hallie estaba demasiado insegura de todo como para creer que sólo la prudencia le había hecho decir aquello. Wes no era un hombre cruel. Su inclinación natural sería mirar por su interés aunque terminaran separándose. Y si había decidido que eso era lo que iba a ocurrir, preferiría que ella aceptase el dinero que Hank le había dejado.

Hallie tenía un nudo en la garganta, pero no pudo soltar su mano hasta que llegaron al Espino Rojo. El coche de Beth estaba aparcado frente a la casa.

—Si no ha traído la niña esta vez, se va a enterar —murmuró Wes con una sonrisa que Hallie intentó imitar—. ¿Dónde está mi niña? —gritó, cuando entraban en la casa.

Beth salió del salón poniéndose un dedo sobre los labios para pedir silencio, pero Wes no le hizo caso y fue directamente hacia el moisés para tomar a la niña en brazos.

Natalie, una criatura delicada de cabello oscuro, parecía un ángel con aquel vestidito amarillo. Sus diminutas sandalias parecían las de una muñeca y el lazo que llevaba en la cabeza no podía medir más de un centímetro.

Hallie no había visto muchos niños en su vida y se sintió inmediatamente enamorada de la pequeña.

—Si sigues haciendo ruido la vas a despertar. Y Natalie se enfada cuando no duerme sus horas.

—Este angelito no puede enfadarse —replicó Wes—. Además, ella sabe que nunca tendrá que enfadarse con su tío Wes para conseguir lo que quiera de él.

Beth lo miró con una ceja levantada.

—Ten cuidado, «tío Wes». Ahora que te has casado, tendrás tus propios hijos y yo tengo buena memoria.

Hallie miró a la niña, atragantándose de emoción. Tenía miedo de que Wes no quisiera tener hijos con ella y temía que él lo dijera abiertamente en ese momento.

De repente, deseaba tocar a Natalie, abrazarla…

—¿Quieres tomarla en brazos? —preguntó Wes, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Nunca he tenido un niño en brazos —contestó ella, mirando a Beth. Quizá a ella no le haría gracia que una extraña tuviera a su hija en brazos. Una extraña que era, además, una Corbett.

—Siéntate en el sofá para estar más cómoda —sonrió la joven.

Hallie estaba tensa, asustada de aquella diminuta criatura que hacía muecas y cerraba los puñitos. Cuando tuvo a la niña en sus brazos deseó apretarla contra su pecho; era un sentimiento asombroso.

Wes se sentó a su lado, con el brazo en el respaldo del sofá.

—Es tan pequeña —murmuró Hallie, sin poder apartar los ojos de la redonda carita.

Para su sorpresa, la niña abrió la mano y apretó su dedo con

inusitada fuerza. Hallie sintió una emoción tan extraña y repentina que sus ojos se llenaron de lágrimas. Sentía una ternura increíble por aquella cosita inocente en sus brazos.

—Es preciosa —susurró. La niña hizo un gesto con la boquita, abriéndola y cerrándola como si quisiera comer.

—¿Dónde está el biberón, Beth? —preguntó Wes—. Me parece que se va a poner a berrear de un momento a otro.

—Toma, Nattie. No asustes a la tía Hallie. Dale un poco de tiempo antes de ponerte a gritar a pleno pulmón —sonrió Beth, sacando el biberón de la bolsa—. ¿Quieres dárselo tú?

Hallie asintió, un poco asustada, pero siguió las instrucciones de Beth y los tres disfrutaron viendo a Natalie chupar ansiosamente de la tetina.

Poco después, la paz familiar se vio rota por una llamada. Louisa, una de las criadas del Cuatro Ces, estaba muy alterada.

—Candice me ha dicho que estamos todos despedidos, señorita Hallie. Y que nos tenemos que ir de aquí esta misma tarde. Pero yo sé que usted ha heredado el rancho. ¿Qué hacemos?

Hallie apretó el teléfono con fuerza, furiosa.

—No estáis despedidos, Louisa —dijo con calma—. Pero no quiero que discutas con Candice. Intenta mantenerte alejada de ella. Yo llegaré en cuanto pueda.

—Gracias, señorita Hallie —suspiró la mujer.

Hallie colgó, y antes de salir del despacho de Wes llamó al comisario. Poco después, subía a su habitación para cambiarse de ropa.

Como si supiera que ocurría algo, Wes fue tras ella. Hallie estaba temblando de furia mientras se ponía los vaqueros.

—¿Qué ocurre?

Hallie siguió cambiándose, demasiado distraída como para sentir vergüenza de su desnudez.

—Candice acaba de despedir a todo el mundo. Les ha dicho que hagan las maletas y se vayan hoy mismo —le explicó—. He llamado al comisario. Voy a encontrarme con él en el Cuatro Ces dentro de veinte minutos.

En cuanto pronunció el nombre de Candice, Wes empezó a quitarse la corbata.

—Voy contigo.

Hallie se puso las botas a toda prisa. El recuerdo de la furia de su prima aquella mañana la hacía presentir lo peor.

# Capítulo 10

El problema fue solucionado rápidamente por el comisario, que medió en la discusión. Candice tenía derecho a vivir en la casa durante siete días y, aunque no tenía derecho a despedir a los criados, Hallie les dio un cheque para que estuvieran fuera del rancho durante una semana y no tuvieran que soportar las iras de su prima.

No había visto a Candice, pero el comisario le contó los detalles de su entrevista. Aparentemente, le había recordado a su prima cuál era su posición y la había advertido de que no hiciera nada ilegal mientras permaneciera en el rancho. Cuando Hallie y Wes volvieron al Espino Rojo, Beth y Natalie se habían marchado a casa. Dora había dejado la cena en el horno y cenaron en silencio.

La pequeña crisis con Candice había ampliado la distancia que había entre ellos. La vida de Wes había sido una vida normal. Sus relaciones con Beth habían sido las lógicas relaciones entre hermanos, al contrario que la retorcida y dolorosa vida familiar de Hallie.

«Tú eres una Corbett, como nosotros», le había dicho Hank. Aunque se había sentido horrorizada, Hallie no podía negar que llevaba ese apellido. Y, además, había heredado el símbolo de ese legado.

¿Qué ocurriría si Candice impugnaba el testamento y se encontraba metida en una batalla legal por el rancho? ¿Qué representaba el Cuatro Ces para ella? Siendo una Corbett, tenía derecho al rancho, pero la alegría de poseerlo había sido aplastada

por el recordatorio de lo que era el auténtico legado familiar. El histérico intento de control de Candice lo había dejado claro.

Hallie pensó en la pequeña Natalie. Tan dulce, tan inocente, tan pequeña. ¿Qué clase de madre sería ella? ¿De verdad Wes pensaba tener hijos con una mujer como ella? Su inexperiencia y su falta de seguridad serían un enorme riesgo.

Pero su corazón protestaba. Si había algo de lo que estuviera segura era de que nunca le haría daño a un niño. Si alguien había sufrido la crueldad y la soledad, era ella. Y había sido su propio abuelo quien le había hecho daño.

El único amor que recordaba era el de su madre. Debió luchar mucho para que su padre la aceptara en su casa con una hija ilegítima. Aunque los recuerdos eran escasos, Hallie recordaba sentirse segura y protegida con ella. Y amada.

En ese momento, se dio cuenta de que sería una buena madre, de que querría y protegería a sus hijos. Pero cuando miró a Wes, distraído tomando un café, pensó que quizá nunca tendría oportunidad de serlo.

No podía imaginar amar a otro hombre que no fuera Wes, pero si él no la amaba, si no quería seguir casado con ella, su deseo de amar y ser amada, su deseo de ser madre se convertiría en cenizas. Nunca tendría un hijo. Lo único que tendría sería el Cuatro Ces.

Antes, aquel rancho había sido lo único importante para ella. Hasta que había conocido a Wes. Él había destapado su corazón y había hecho que se diera cuenta de lo que realmente quería. A él. El la hacía sentir deseable y protegida. Wes le había dado cosas mucho más preciosas que la tierra o el dinero.

Pero no le había dado todo. No le había dicho que la amaba y llevaba varios días sin tocarla. Quizá hubiera sido mejor no conocerlo si estaba destinada a perderlo, pensaba con tristeza.

—Creo que… me voy a la cama —dijo entonces, dejando la servilleta sobre la mesa.

—Yo subiré dentro de un rato —murmuró él. Pero nada en su expresión le decía que estuviera deseando hacerlo. Sólo era una respuesta automática.

Hallie subió al dormitorio y tomó una ducha. Seguía sofá cuando se puso el camisón y se metió en la cama. Unos minutos después, Wes entró en el dormitorio y fue directamente al cuarto de baño.

Hallie estaba tensa, esperando. No podía soportar el suspense, no podía soportar no saber lo que Wes sentía por ella. Era mejor recibir una respuesta directa y romper lo más rápidamente posible. Si él no la quería, no debería estar tumbada a su lado, soñando con imposibles.

La sorprendió cuando sus ojos se llenaron de lágrimas y las secó de un manotazo, irritada consigo misma. Ella nunca lloraba delante de nadie. Excepto unos días antes, cuando Wes la había hecho llorar de alegría, Hallie nunca había llorado en público.

Nunca. Pero la presión que sentía en el pecho era asfixiante y, de repente, no podía controlar las lágrimas. Un segundo después, Wes salía del baño y apagaba la luz, dejando la habitación completamente a oscuras.

—¿Wes? —lo llamó ella, reuniendo valor—. Necesito saber… —empezó a decir, intentando controlar sus emociones—. El rancho es mío y te prometí que recuperarías tus tierras. Quieres que me quede o no, necesito… —Hallie no podía terminar la frase.

«Necesito algo de ti. Te necesito a ti», le hubiera gustado decir. Quería volver a estar cerca de él, quería volver a ser amada por él, pero no sabía, no podía decir aquellas palabras.

—¿Qué necesitas, Hallie?

Hallie se volvió hacia él, sin pensar, tan deseosa de tocarlo que no sabía si podría controlarse.

—Necesito…

La emoción era su enemiga. Le robaba la voz y le robaba la voluntad. Sin poder evitarlo, alargó la mano para acariciar el pecho del hombre.

El sujetó su mano, como una invitación, y Hallie puso los labios tentativamente sobre los de él. De repente, como si llevara años esperando aquello, Wes empezó a devorar su boca hasta que Hallie perdió la cabeza.

—¿Qué necesitas, Hallie?

—A ti —murmuró ella. Inmediatamente después, sintió miedo, pero sabía que tenía que arriesgarse—. A ti. Te necesito a ti. Quiero tocarte y quiero que me toques.

Hallie se mordió los labios con tanta fuerza que se hizo daño. No podía decirle que lo amaba, no se atrevía. La agonía del silencio hacía que le doliera el pecho. Estaba a punto de rogarle que la

amara, a punto de tirar su dignidad por la ventana para decirle que no podía vivir sin él.

Pero nunca se arriesgaría a eso.

El sonido del teléfono la sobresaltó en ese momento.

—Rancho Lansing —oyó que decía Wes—. Iremos enseguida —dijo bruscamente, saltando de la cama. Hallie lo miraba, alarmada—. La casa del Cuatro Ces se ha incendiado. Y parece que también los establos.

Hallie se quedó inmóvil durante unos segundos y Wes tuvo que tomarla del brazo para que reaccionara.

Se estaba poniendo las botas cuando Wes le levantó la barbilla con un dedo.

—Te has mordido los labios —murmuró. Hallie se sintió avergonzada, pero no dijo nada—. Date prisa, cariño.

Aquella sencilla frase fue una consolación.

Hallie fue al cuarto de baño para lavarse la cara y se hizo una coleta a toda velocidad.

Los peones del rancho libraban una batalla perdida para salvar la enorme edificación en llamas.

—¿Dónde está Candice? ¿Todo el mundo ha salido de la casa? —le preguntó Hallie al capataz.

—No hay nadie dentro —contestó Bob Zane.

—¿Estás seguro? —insistió Hallie, levantando la voz para hacerse oír. Bob asintió y Hallie miró la casa, que ardía por los cuatro costados. Varios hombres intentaban apagar las llamas con mangueras y cubos, pero era imposible. Los bomberos no habían llegado todavía y estaba claro que, cuando lo hicieran, sería demasiado tarde. Las llamas amenazaban con extenderse y Hallie tomó una decisión—. Deja que se queme la casa —le ordenó. El capataz la miró, sorprendido, pero Hallie repitió la orden—. Hasta que lleguen los bomberos, quiero que los hombres intenten que no se extienda el fuego. Olvídate de la casa.

Bob asintió, muy serio.

—Sí, señorita. Lamento no haber podido hacer nada, pero cuando llegamos todo estaba en llamas.

Después de eso, reunió a sus hombres dándoles órdenes para intentar que el fuego no pasara al resto de las edificaciones.

Hallie se volvió para mirar la casa. El fuego crecía como un

infierno, iluminando el cielo de color naranja, y ella tuvo que ponerse la mano en la boca para ahogar un sollozo.

—Ha sido una buena decisión —murmuró Wes, tomándola por la cintura—. Lo siento mucho, Hallie.

Hallie acarició los brazos de su marido y Wes apretó los labios sobre su pelo.

—Me parece que yo… no lo siento —murmuró ella entonces.

Aquellas palabras eran una confesión de sus sentimientos. Ni ella misma lo entendía, pero no lamentaba que la hermosa casa estuviera desapareciendo ante sus ojos.

Wes asintió con la cabeza, comprensivo.

Poco después, llegaban los bomberos y el comisario, pero lo único que pudieron hacer fue apagar las últimas llamas y comprobar que el resto de los edificios del rancho quedaran intactos.

Hallie estaba tan perdida en los recuerdos de los negros años que había pasado en aquella casa que no oyó que Wes la llamaba.

—¿Hallie? —repitió él.

Ella volvió la cabeza y vio al comisario metiendo a Candice en el coche patrulla. Lo acompañaban dos policías, que tuvieron que esposar a su prima cuando se negó a entrar en el coche.

—Ha sido ella…

—Lo siento, señorita Lansing. Tenemos varios testigos —dijo el comisario antes de entrar en el coche.

Hallie se volvió hacia los restos de la casa. Ennegrecida y destrozada, no parecía la mansión que había visto cuatro generaciones de la familia Corbett. En aquel momento, sólo era una ruina.

—Voy a echar un vistazo a los establos —murmuró Hallie.

—Iré contigo —se ofreció Wes.

Pero Hallie le puso una mano en el brazo.

—Me gustaría… estar sola un rato. Por favor. Wes apretó su mano, comprensivo.

—Tómate el tiempo que quieras. Te estaré esperando.

Aquello casi hizo que se derrumbase, pero intentó disimular con una sonrisa.

Pasó mucho tiempo antes de que Hallie se sintiera mejor. Afortunadamente, el resto de los edificios y los establos habían

sobrevivido y Hallie volvió hacia el coche, donde Wes la esperaba, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ver a Wes, ver sus queridas facciones hizo que su corazón se alegrase. Parecía haber pasado una eternidad desde que habían vuelto aquella noche al Espino Rojo, desde que había tenido que reunir todo su valor para decirle a Wes que lo necesitaba.

Sabía en aquel momento por qué la destrucción de la casa no la había afectado. Era el símbolo del legado de los Corbett, un legado del que ella se sentía avergonzada. Para ella, esa casa había sido un lugar de dolor y oscuridad en el que nunca había sido aceptada. Hallie se había exiliado de allí muchos años antes, pero siempre sería un símbolo oscuro para ella. Nunca habría podido vivir allí y, en aquel momento, con la casa destruida, empezaba a sentirse liberada.

La herencia de los Corbett era suya entonces para cambiarla. Y como la elección era suya, sería un cambio drástico. Una extraña confianza la invadió después de aquel pensamiento.

Y era el momento de saber qué futuro la esperaba con Wes. Mientras se acercaba a él, se daba cuenta de que era el momento de apartar sus miedos, el momento de aclarar las cosas con su marido. El resultado podría ser devastador para ella, pero no quería soportar el suspense, no quería esperar que otra persona decidiera por ella.

El primer día le había dicho a Wes que no podía esperar cruzada de brazos mientras le quitaban el rancho y, en aquel momento, no quería esperar sin hacer nada para saber si Wes y ella iban a seguir juntos. No estaba segura de lo que debía hacer, pero había conseguido un marido cuando pensó que lo necesitaba para conseguir el rancho y estaba segura de que encontraría la manera de conservarlo. Porque no quería perderlo, porque no podía perderlo.

—¿Estás bien? —preguntó Wes, con aquella voz ronca y firme.

Hallie se paró frente a él, mirándolo directamente a los ojos. La intensidad que tanto la había turbado durante aquellos días era bienvenida en aquel momento.

—Me dijiste que te gustaba que te dijera las cosas claras —dijo ella, sin preocuparse por el temblor en su voz.

Aquéllas podrían ser las palabras más arriesgadas que pronunciara en su vida, pero iba a decirlas, costase lo que costase.

Wes se irguió, con expresión sombría.

—Sé que nos casamos por las tierras, que fue un trato, que el amor no tenía nada que ver. Sé que habíamos planeado que esto terminaría —añadió, con un nudo en la garganta. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y apenas podía distinguir las facciones del hombre, pero se obligó a seguir—. Sé que lo que Candice ha hecho esta noche será un escándalo y que quizá tú quieras que el apellido Lansing no se vea mezclado, pero tengo que decirte que te quiero. Si… si es posible, quiero que este matrimonio sea para siempre. Quiero tener hijos contigo, Wes. No sé si tú prefieres una mujer más sofis…

Hallie no pudo terminar la frase porque Wes la tomó en sus brazos y la besó con tanta pasión que se le doblaron las rodillas.

Era un beso carnal, tan fiero y voraz que a Hallie le daba vueltas la cabeza.

Cuando se apartaron, los dos estaban sin aliento. Wes no la habría besado de esa forma si quisiera dar por terminado su matrimonio y ella lo sabía. Los salvajes latidos de su corazón empezaron a calmarse entonces.

—Te quiero, Hallie —la voz de Wes era ronca y profunda y el sonido corría por sus venas como un río de ternura—. No quería darte una impresión equivocada. Creí que necesitabas tiempo tras la muerte de tu abuelo para decidir lo que sentías por mí sin tener que soportar ninguna presión —añadió. Hallie se dio cuenta de que él también estaba temblando—. Han sido cuatro días muy largos.

—Para mí también.

—Hemos empezado de una forma rara, pero lo importante ha estado ahí desde el principio —murmuró él, mirándola a los ojos—. Incluso aunque no nos hubiéramos casado aquel día, yo habría ido a buscarte. Y cuanto más estaba contigo, más cuenta me daba de que eras especial para mí —añadió, acariciando tiernamente su cara—. Si no estuviera casado contigo, Hallie Lansing, te pediría que fueras conmigo a Las Vegas esta misma noche.

Hallie sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, con el corazón tan lleno de amor que no podía ni quería contenerlas.

—Te quiero, Wes.

—El resto de esta conversación no tendrá muchas palabras, Hallie. Creo que es hora de que nos vayamos a casa.

A casa. Al Espino Rojo.

Una vez allí, los dos estaban demasiado hambrientos, demasiado deseosos de expresar lo que sentían como para dormir. Había amanecido cuando por fin se quedaron dormidos uno en brazos del otro, su felicidad y su deseo convertido en un remanso de paz que duraría una vida entera.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/